



DESTINO

Índice

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:








Sinopsis

Esta es la historia de dos parejas de hermanas distanciadas, dos peces naranjas y un ganso doméstico. Y también la de los habitantes de la aldea de Soutelo, al norte de Galicia.

Falta poco para que se produzca el primer eclipse solar total que podrá verse en esa zona del mundo en mucho tiempo, pero ninguna de las protagonistas tiene un interés especial en el fenómeno: las cuatro están sumergidas en su propia oscuridad. Porque los personajes de esta novela están huyendo, pero no siempre saben de qué. Como si fuesen cuerpos celestes, se influyen unos a otros sin tocarse.

La herida imaginaria habla sobre la búsqueda de consuelo, sobre la relación entre el azar y el destino y sobre el encuentro de la memoria con la imaginación; indaga en la posibilidad de que vivir no tenga un propósito y en la influencia que el desarraigo y la carencia ejercen sobre los sueños y el futuro.

La herida imaginaria

Berta Dávila

Ediciones Destino



Para Carlos Meixide

Cleo y Rob

1

Las horas eran ligeras como esponjas de baño

Traje a Cleo y Rob a casa una semana después de que mi padre muriera. Cleo y Rob son dos peces naranjas de agua dulce y los encontré a la venta en un acuario mugriento junto al mostrador de la tienda de animales. Yo iba buscando otra cosa, algo que tuviese un corazón caliente y un pelaje suave, algo como un gato. Luego la dependienta me convenció de que los peces no dan ningún trabajo y de que ofrecen la misma compañía que un gato y exigen mucho menos compromiso. Me pareció la señal definitiva.

Pasé mucho tiempo tratando de determinar cuál era el ejemplar al que estaba predestinada; escogiendo. Señalé con el dedo el más asustadizo.

—Uno solo es aburrido —dijo la dependienta. Y capturó otro cualquiera con una especie de cazo que recordaba a un cucharón de servir sopa. Me dio los dos en una bolsa de plástico llena de agua, cerrada por arriba con una cinta pegajosa. No me quiso cobrar nada por ellos. A mí me produjo cierto alivio no tener que pagar por sentirme acompañada.

En lugar de comprar un acuario, los acomodé en un florero ancho de vidrio esmerilado que mi hermana Beatriz me había regalado tiempo atrás. Lo puse en la repisa de la ventana de mi dormitorio para poder observarlos lateralmente, atravesados por los rayos de luz que venían de fuera. Esa luz era todavía pálida y otoñal cuando los peces llegaron, pero intuí que con los atardeceres violetas del mes de agosto la imagen resultaría preciosa de verdad. El cristal curvado del florero fragmentaba el contoneo de sus cuerpos en configuraciones visuales insólitas. Si el agua estaba limpia, mirar los peces se parecía a mirar las luces de

un árbol de Navidad con un caleidoscopio. Y si se enturbiaba después de varios días sin cambiarla, por lo menos la escena no era tan repugnante como podría ser.

Al principio, Cleo y Rob no tenían ningún nombre y yo me refería a cada uno en función de sus atributos, lo que me obligaba a confrontarlos continuamente y a escoger entre las cualidades de ambos no solo aquellas que los diferenciaban, sino las que los oponían de manera decidida. Los llamaba, por ejemplo, «el ansioso» y «el flemático», o «el gordo» y «el escuálido», pero nunca «el brillante» y «el un poco menos brillante —aunque bastante brillante, en todo caso».

Después, mi sobrina Ada improvisó esos dos nombres. Aquellos días llevaba a todas partes una enciclopedia ilustrada de tapa dura que Beatriz le había comprado en una caja de saldos editoriales. Estaba aprendiendo a leer. Solía señalar cada palabra escrita, en un libro o en cualquier lugar, y decir con mucho esfuerzo algunas sílabas, antes de pasar a otra palabra o a otro asunto. Abrió la enciclopedia por las primeras páginas, sobre el mundo egipcio, y dijo primero «Cleo». Luego recaló en el apartado dedicado a la Revolución francesa al final del tomo, presidido por la bandera tricolor y por un retrato de Maximilien Robespierre.

—Rrroo, rrob —balbuceó.

No recuerdo si llegó a decir el nombre completo. En todo caso, era demasiado largo para un pez y adopté sin reservas Cleo y Rob como nombres definitivos. Me pareció apropiado que no significasen nada especial para nosotras.

Alimentar a Cleo y Rob se convirtió en uno de mis rituales favoritos. Despertaba a diario imbuida de un sentido del deber que nunca antes había experimentado, así que me tomaba muy en serio todos los aspectos del proceso. Al tiempo de preparar el café del desayuno, seleccionaba con unas pinzas cinco o seis escamas de un bote de comida para peces y las depositaba con delicadeza sobre la superficie del agua en el florero, como si fueran los continentes recién divididos de Pangea. Cleo y Rob emergían audaces desde donde estuvieran en cuanto percibían la vibración de las escamas en el agua, pero ella era más voraz que él y con frecuencia engullía

la mayor parte de las escamas antes de que Rob pudiese atrapar alguna. Entonces yo esperaba a que Cleo estuviera entretenida en América del Norte o más allá y le ofrecía a Rob escamas adicionales en Oceanía. Era importante para mí proporcionarles una cantidad de alimento similar.

No recibía nunca visitas, excepto las de mi hermana. Aparecía cada jueves con Ada, después de recogerla en el curso de natación. Llegaban bien entrada la tarde porque siempre tenían recados inaplazables que hacer y se marchaban temprano porque no querían causarme ninguna molestia. En realidad no me molestaban, pero tampoco deseaba que los encuentros se prolongasen. La armonía de mi vida doméstica con Cleo y Rob era una frágil pompa de jabón, y temía que una presencia excesiva de ellas dos hiciese que todo lo que había construido desapareciera en el aire con un estallido discreto.

A veces, cuando Beatriz preguntaba «¿Qué tal estás?», me parecía notar algo en la modulación de la frase, tal vez una leve inflexión afligida que funcionaba a modo de advertencia, indicándome que mi hermana tenía la tentación de hablar conmigo de cómo nos sentíamos. En esos casos yo eludía responder y me interesaba por los progresos de Ada en el curso de natación y por si todavía le tenía miedo al agua. Al escuchar su nombre, ella llenaba el lugar que antes ocupaban mis recelos con una charla liviana y entusiasmada, y Beatriz regresaba a una conversación de poca trascendencia. Me agradaba el olor a piscina y a sándwich que Ada dejaba en las habitaciones cuando las dos por fin se marchaban y yo volvía a quedarme sola.

Me ganaba la vida como redactora de contenidos digitales. La empresa en la que mi hermana trabajaba se dedicaba a alimentar páginas web de muy diverso tipo con artículos que generasen visitas. Ella me había conseguido el trabajo. Yo producía cada semana, por encargo, un número variable de textos de distintas temáticas, dependiendo de las necesidades. Algunas veces podía escoger o descartar argumentos, y me interesaban especialmente los temas prosaicos, los artículos cuya única finalidad era alargarse durante un número más o menos extenso de líneas para explicar

que es mejor llevar una dieta saludable que no llevarla, que es más agradable vivir en un apartamento luminoso que en un tugurio o que serás una persona más sabia si dedicas tu tiempo a aprender cosas.

Apenas salía de casa. Solo hablaba con los repartidores que me traían la compra semanal y con mi vecino Monti, que se pasaba el día acechando en la escalera en busca de contacto humano. Había llegado a conocer a Monti bastante bien. Sabía, por ejemplo, que gastaba fortunas en apuestas deportivas, que tenía una marca de nacimiento en medio del pecho con forma de corazón y que esa marca no estaba colocada exactamente sobre el lugar del corazón sino un poco más a la izquierda, como si fuera un error de señalización. Los tres eran asuntos que él no podía evitar y de los que no se sentía orgulloso. A mí me parecía que la vida de Monti no tenía lugar fuera de la escalera y que todo lo que conocía sobre él estaba perfectamente relacionado: su dedicación a las apuestas deportivas con su inexistencia y la marca de nacimiento con su destino solitario.

De cualquier forma, lo habitual era que nuestras conversaciones fuesen circunstanciales. Le hablé de Cleo y Rob poco después de traerlos y él me sugirió que me hiciera con un paquete de elementos decorativos para acuarios. Encontré uno en la sección de complementos para mascotas del supermercado online y lo encargué enseguida. En cuanto lo tuve en las manos abrí la bolsa emocionada y atenta a las posibilidades que ofrecía cada pieza, componiendo de manera irreflexiva un inventario de oportunidades de juego. Incluía un pequeño cofre del tesoro, un submarino azul neón, un buzo articulado, una sirena espléndida y cinco algas de colores refulgentes, todo de plástico.

Con aquellos juguetes creaba escenas interesantes dentro del florero. Colocaba el cofre en el fondo, entre las algas, y el buzo encima del cofre, sosteniendo el submarino con los brazos extendidos. Formaban una pequeña torre y el periscopio asomaba sobre la superficie del agua —me gustaba pensar que los tripulantes hipotéticos del submarino observaban a través de él lo que sucedía en mi apartamento—. La sirena, en cambio, debido a

la morfología inestable de su cuerpo, tenía que apoyarla con cierta destreza aprovechando las curvas del cristal, para que se mantuviera en posición vertical y no pareciera un cadáver abandonado. Después ingeniaba un pretexto narrativo que justificase su posición alejada del grupo. Me acostaba en la alfombra, acomodada entre cojines, y cerraba los ojos para imaginar sucesos que ocurrían entre los personajes de aquellos decorados. Algunas veces me quedaba dormida presa de una fascinación tranquila y cautivadora, empachada de sueño e invención, y con la sensación de estar experimentando una especie de trance. Los decorados duraban pocos minutos porque era urgente retirarlos del agua para que Cleo y Rob tuvieran espacio suficiente para nadar, pero perduraban durante días en mis fantasías.

Sin demasiado esfuerzo, con el paso de las semanas perdí el interés por cualquiera de las actividades con las que ocupaba el tiempo antes de que mi padre muriera, para sustituirlas por la observación de los peces y el resto de las tareas relacionadas con ellos. Adquirí una nueva y reconfortante perspectiva sobre mi propia importancia: por fin yo era esencial para la supervivencia de otros. Complacida con esa expectativa, disfrutaba de todas las diversiones que era capaz de inventar para estrechar mi vínculo con Cleo y Rob. Ellos dos se comportaban como criaturas felices y ociosas. Parecían satisfechos con la suerte de vivir junto a mí, que los quería tanto. Más allá no había ninguna cosa de la que preocuparse.

Una noche particularmente fría, tuve la ocurrencia de abrigar el florero donde nadaban Cleo y Rob con una bufanda que había pertenecido a mi última compañera de piso, Paula. No pensaba en ella desde que se fue, un día antes de que mi padre muriera. La habían seleccionado para participar en un programa de televisión, «Tu gran sueño», y desde ese momento yo no había vuelto a saber nada de ella. El programa era del tipo «un concursante incauto, diferente en cada episodio, supera una yincana de pruebas cada

vez más vergonzosas o repulsivas». Las pruebas eran eliminatorias y el objetivo era alcanzar la prueba final, la más vergonzosa y repulsiva de todas. Si el concursante superaba también esa última, obtenía como premio una cantidad de dinero que bastaba para cumplir su gran sueño, daba igual cuál fuera. Poco después de recibir la llamada, mientras hacía las maletas y guardaba en cajas todo lo que no cabía dentro de ellas, le pregunté a Paula cuál era su gran sueño y me dijo que era participar en un programa de televisión.

Paula había trabajado algún tiempo vestida de conejito rosa en un centro comercial. Salía cada tarde de nuestra casa con un voluminoso disfraz de peluche, al principio dentro de dos bolsas grandes —una para la cabeza y otra para el cuerpo— y poco después, cansada de disimularlo, ya con ambas partes del conejito entre los brazos, como si no llevase un traje, sino el pellejo real de un animal momificado. Se colocaba durante horas en las zonas de más tránsito del edificio, en el vestíbulo o junto a los ascensores, con una bandeja de aspecto campestre, para ofrecer una degustación de palitos de zanahoria a los visitantes. Representaba, así vestida, a una marca de refrigerios veganos, y no tenía mucho éxito. Tal vez porque puede ser contradictorio ofrecer refrigerios veganos vestida de conejito, tal vez porque los palitos de zanahoria envasados no eran seductores desde ningún punto de vista.

No dejó muchas cosas en el apartamento, a pesar de que cuando una persona se marcha de cualquier lugar donde ha pasado cierto tiempo —vivimos juntas casi dos años— suele abandonar allí una gran cantidad de objetos personales, pero sí aquel disfraz, extendido sobre la cama donde dormía. Me dijo que alguien pasaría a recogerlo. Eso nunca sucedió y yo no sabía qué hacer con él, pero tampoco me importaba, aunque le confiriese al cuarto libre un aspecto de velatorio perpetuo. Paula era ordenada —creo que me gustaba por eso—, así que tampoco se desentendió de un rastro de bolígrafos, recibos y prendedores de pelo. Solamente olvidó vaciar un cajón lleno de pañuelos, gorros, guantes y bufandas, donde también encontré algunas monedas, la tarjeta de una tarotista —Marián Rubí— y la de un odontólogo —el doctor Balea.

Guardé las monedas y me deshice de las tarjetas. Luego, entre las bufandas, escogí una de flores y le di a la tela forma de nido alrededor del florero de Cleo y Rob, arropando el recipiente por la parte de abajo. Calculé que, si cubría por completo el cristal, los peces se quedarían anegados en la oscuridad, y no quería que mi diversión interfiriese con su bienestar. A partir de ese momento revolvía en el cajón de Paula a diario para renovar las prendas con las que vestía el florero. Los cambios de indumentaria animaban la decoración de mi dormitorio, por lo demás sobria y poco interesante.

La austeridad y la moderación eran la quintaesencia de mi carácter. Apenas tenía gastos —no tenía coche, no tenía amigos, no me gustaba ir al cine ni comer en restaurantes—. Tampoco tenía aspiraciones. Pagaba muy poco por mi apartamento, que era húmedo y oscuro en otoño pero también fresco en verano. En todo caso me parecía mejor que vivir en la casa de Soutelo con mi padre. Me fui de allí porque me aburría. Y porque Beatriz se había marchado antes y hay personas que no hacemos otra cosa que perseguir una estela. Luego resultó que también me aburría en la ciudad, pero entonces ya no tuve ganas de mudarme de nuevo.

Cuando Beatriz le habla a Ada de Soutelo, le dice siempre que es el lugar de donde venimos y, más raramente, que Soutelo es nuestra aldea. Ella decidió que lo mejor sería vender la casa de mi padre y a mí me pareció bien, aunque también pensé que seguramente no valiese mucho y que, además, una vez vendida, a nosotras tres no nos quedarían lazos con nada. De todas formas no es algo que tenga importancia ahora. Tampoco guarda relación con Cleo y Rob, con su porte distraído, con su nado encantador, con nuestras rutinas felices.

Mi mundo era un lugar sereno y con significado. Los peces determinaban un modo distinto de entender la dimensión de los días, pero también la apariencia de los lugares. Cumplía horarios, comía frutas y verduras, el apartamento estaba siempre limpio y recogido. Algunas tardes era capaz de redactar sin distraerme un

artículo impersonal sobre los objetos que no pueden faltar en tu maleta para viajar a Malta, sobre las series de hospitales más longevas de la historia de la televisión o sobre el auge de las criptomonedas. Algunas mañanas lograba también hacer ejercicio en una bicicleta estática. Los objetos que me rodeaban y sus sombras tenían un aspecto agradable. Las nuevas tareas formaban parte de un universo completo con normas propias, un paraíso autosuficiente. Dentro de él las horas eran ligeras como esponjas de baño.

2

¿Cómo te atreves?

Nada ponía en cuestión la placidez de aquel tiempo hasta que mi hermana sugirió que alguien debía ir a casa de mi padre para recoger sus cosas y supervisar algunos arreglos antes de ponerla en venta. Como mi hermana tiene una hija, un trabajo y otras ocupaciones, cuando dijo «alguien» se refería a mí. No estaba preparada para defenderme. Entre mi casa y la casa de Soutelo hay dos horas de viaje en autobús pero, bajo el punto de vista de Beatriz, no existía ningún motivo para que yo estuviera en un lugar y no en otro. Tuve que recordarle la cuestión de los peces. Los peces no saben administrarse. A diferencia de los gatos, que pueden sobrevivir solos una semana entera, los peces no tienen el talento suficiente para sospechar de la abundancia y no morir hinchados si una les deja comida para varios días.

Mi hermana propuso que comprase un dosificador automático de comida para peces o que me llevase el florero en el autobús. Mi hermana no propuso quedarse ella con los peces durante una semana. A pesar de eso, no pude alegar nada razonable para eludir el viaje y acordamos que Beatriz se encargaría de concertar algunas citas para que lo que hubiera que reparar en la casa de Soutelo fuera reparado, y que yo pasaría allí el tiempo necesario en cuanto solucionara el problema de Cleo y Rob. Para que fuese consciente del sacrificio que me pedía, le dije a Beatriz que tendría que llevarme sin remedio el ordenador y aprovechar algunas horas para trabajar en mis artículos. «¿Serás capaz de escribir allí?», preguntó ella. Y cuando lo preguntó, yo entendí que no quería decir «¿Podrás escribir allí?», sino algo más parecido a «¿Cómo te atreves?».

Desconfío por completo de cualquier máquina, así que descarté enseguida el dosificador y busqué alternativas en internet. Mi padre también desconfiaba de las máquinas —tostaba el pan y calentaba la leche al fuego, lavaba su ropa en una pila junto a la bañera porque al fin y al cabo no tenía mucha y se las arreglaba bien—. He heredado de él una suspicacia de la que Beatriz carece —estuvo siempre sinceramente convencido de ser el primer inventor de la moto acuática y de que alguien se le había adelantado en el momento de presentar la patente.

La dependienta de la tienda de animales me había recomendado un foro de acuariofilia administrado por uno de sus clientes frecuentes. Allí había aprendido a reconocer el sexo de Cleo y Rob semanas atrás y, también allí, un tarado que se identificaba con el nombre de Guppy me descubrió la comida para peces en comprimidos de disolución lenta. Encargué varios paquetes, que llevaban escrito por fuera en letras alegres «alimento de vacaciones» y traían dos o tres comprimidos con la forma de una esfera con estrías, como un planeta rocoso en miniatura o una bola de papel que alguien hubiera arrugado con mucha fuerza dentro del puño. Pedí también un acuario rectangular de veinticinco litros de capacidad, pensando que así los peces notarían menos la suciedad acumulada en el agua durante los días que yo pasase fuera.

El acuario llegó primero y tomé la decisión de trasladar de inmediato a Cleo y Rob. La expectativa era novedosa y agradable. Sin embargo, no sé si por un exceso de nerviosismo o por falta de prevención, al volcar el contenido del florero dentro del nuevo acuario cometí un error de cálculo: Rob chocó contra el suelo de cristal y se quedó momentáneamente quieto y aturdido, como si fuera objeto de una traición. A pesar de que pasó toda la tarde semidormido, el incidente me parecía tan nimio en realidad que no pensé que aquella conducta fuera consecuencia del impacto, sino de su lentitud habitual, acrecentada por el reto de adaptarse a un lugar más amplio. Pero la indolencia de Rob persistía al día siguiente. Su nado era errático, e identifiqué en el lado izquierdo de su cuerpo una aureola negra que nunca había visto, justo debajo

de la aleta. Cleo se mostraba, en cambio, vivaz en especial, gozosa por las nuevas oportunidades que se le presentaban y —pienso ahora— dispuesta a aprovechar la inacción de Rob para dominar el territorio.

Telefoneé a mi hermana y le expliqué que debía retrasar el viaje. Preparé una retahíla de excusas convincentes sobre plazos de entrega y percances inesperados, y un alegato sincero sobre la imposibilidad de abandonar de pronto compromisos adquiridos para ocuparme de una casa vacía. No era necesario. Mi hermana recibió cualquier explicación con desinterés y me aseguró que nunca había pretendido que yo me marchara de inmediato, que comprendía las circunstancias. Luego me pasó a Ada para librarse de mí. Ella quería saber si me iba de viaje o no, si era por poco o por mucho tiempo, si era cerca o lejos y si le traería algún regalo.

—¿Qué te gustaría? —le pregunté. Se quedó en silencio, no tanto como si estuviera pensando en el regalo perfecto, sino más bien como si no se atreviera a confesarlo.

—Un tubo para respirar —dijo por fin. Traté de convencerla de que quizá su temor no tenía que ver con el agua sino con la profundidad de la piscina.

—Hundirse asusta mucho —le expliqué. Pero no lo entendió bien e insistió en la cuestión del tubo para respirar. Prometí que le conseguiría uno.

En realidad no es que me importaran tanto los peces —me decía a mí misma tratando de sonar convencida—, pero no podía hacer otra cosa en mi situación que aplazar la visita a la casa de Soutelo mientras Rob no se recuperara. Acechaba el acuario a todas horas, atenta a cualquier cambio. Con frecuencia él adoptaba posturas extrañas, pasaba mucho tiempo inclinado de medio lado, como si perdiese el equilibrio, si es que tiene algún sentido perder el equilibrio dentro de un recipiente con agua. La marca negra que en un primer momento era casi inapreciable se cubrió de una película blanca de aspecto algodonoso. Yo buscaba explicaciones optimistas que contrarrestasen cualquier augurio de un mal pronóstico:

interpretaba que los cambios en la coloración del hematoma —cuando asumía que aquella marca era un hematoma y no una simple peca— tenían que ver con la curación, y que la pasividad de Rob era una prueba de que él buscaba su propia forma de sanar y no un síntoma de que se sentía dolorido.

Volví a contactar con aquel tipo del foro de acuariofilia, Guppy, y le envié varios mensajes con fotografías de la lesión. Guppy compartió conmigo un vídeo tutorial, que él mismo había grabado para los demás usuarios del foro, sobre posibles tratamientos para peces afectados por plagas, bacterias, descamación y anemia, pero en ningún caso las marcas en la piel de aquellos peces se parecían a la marca del cuerpo de Rob.

Me molestó que Guppy estuviera empeñado en contradecir mi historia sobre la colisión sugiriendo otras causas, todas enfermedades, para explicar lo que le ocurría al pez. Luego supe que lo único que se puede hacer con las heridas de los peces es dejarlas curar, así que a lo mejor Guppy solo trataba de ofrecer alternativas a mi relato para poder brindarme alguna solución, para ser realmente útil. En el vídeo, él aparecía dentro de un cuarto oscuro y estrecho, rodeado de acuarios de distintos tamaños. En la única pared libre había una lámina ilustrada con peces pequeñitos, mitad sardina, mitad pavo real —peces guppy, comprendí mucho más tarde.

Después de dos noches de mensajes, me habló de unas gotas antibacterianas de elaboración propia, que obtenía diluyendo en agua destilada el interior de una planta de aloe vera. Le pedí un bote. Le ofrecí dinero. Me dijo que normalmente no compartía la receta de aquel jarabe ni lo enviaba a ninguna parte, pero aceptó hacer conmigo una excepción. Luego me confesó que yo le parecía digna de confianza por mi signo del zodíaco —Tauro—, y sobre todo por mi ascendente —Aries—, que le indicaba que mi personalidad era prudente y amistosa.

El jarabe para Rob llegó en un sobre acolchado, dentro de un recipiente de yogur bebible. Guppy le había puesto una capucha de papel de aluminio y luego había rodeado la parte superior con una goma elástica muy apretada. «No más de dos gotas cada día», decía

la nota manuscrita que acompañaba el bote. Yo estaba convencida de que funcionaría y me dispuse a iniciar el tratamiento con la ilusión de alguien a quien acaban de prometerle algo importante.

Siguiendo escrupulosamente las indicaciones de Guppy, durante varios días, cada mañana, vertía dos gotas de la poción curativa en el agua del acuario y luego guardaba el bote en el frigorífico hasta el día siguiente para no dejarme llevar por la tentación de repetir el procedimiento en la búsqueda de un resultado urgente. Las gotas eran densas y verdosas. Si Cleo mostraba interés en ellas, le ofrecía escamas de alimento como distracción mientras revolvía el agua con palillos de comida china para disolverlas. No concebía la posibilidad de que ensuciar el agua empeorase la situación de Rob, porque mi confianza en los saberes de Guppy era inquebrantable, aunque algunas veces tenía la sospecha de que el jarabe antibacteriano era más bien un placebo para mí. Pasaba mucho tiempo mirando el acuario y especulando sobre sus efectos. Pocas veces ocurría nada suficiente para creer en el milagro, ni siquiera cuando conseguía advertir un movimiento de Rob más animado que el anterior o un leve bostezo.

El tiempo que no pasaba mirando el acuario durante el día, o buscando en internet historias de peces heridos que se recuperaban o instrucciones para el cuidado de un hematoma, pensaba mucho en la casa de mi padre. Pensaba en ella como en el caparazón de una tortuga conservada dentro de las vitrinas de un museo de historia natural. O como en una caracola, o como en cualquier otra cáscara vacía que antes hubiese servido de cobijo para un animal vivo, siempre distintas clases de conchas o armaduras, primero protectoras y luego desamparadas. Pensaba también en los objetos inservibles y en la ropa de mi padre, en la docena de libros que mi padre tenía —y trataba de recordar los títulos—, en las fotografías y en los muebles y en los pañuelos de tela bordados con un ribete azul con los que él me limpiaba las lágrimas cuando era niña para aliviar cualquier enfado o cualquier disgusto, y en esas lágrimas, que eran gruesas y templadas porque eran lágrimas infantiles y, por tanto, imposibles de consolar. Pensaba en la ropa, en los libros, en las fotografías y en las lágrimas como si fueran esqueletos

encontrados dentro de un barco hundido o pecios.

Pensaba después en el desgaste de la casa y en cada avería, en el papel pintado de la sala de estar, en la bisagra rota de la puerta de atrás y en las plantas y los mohos que estarían creciendo dentro de ella y en el exterior. Y a medida que pensaba, permitía que se formasen grietas o huecos sobre mi recuerdo de la casa y sobre la casa misma, y luego temía que las cosas que me quedaban de mi padre se escurriesen por los huecos imaginarios, que se perdieran a través de ellos, y que cuando por fin yo me dignase a ir a Soutelo solo pudiese encontrar allí algas oscuras y nácar. Y estuviera obligada, aun así, a velar las algas oscuras y el nácar, a velar la grieta y el hueco, porque eso es lo mínimo que una hija debe hacer por su padre.

Mi hermana me había dicho que, cuando lo encontró muerto, él tenía la boca y los ojos un poco abiertos, que parecían cerrados si no te fijabas bien pero que quedaba en los dos casos una hendidura mínima. Había insistido bastante en ese punto, como si yo tuviera que compartir por fuerza la imagen de aquella ranura, que fue creciendo en el relato de mi hermana hasta convertirse en una escena vergonzosa en la que mi padre se me presentaba frío y rígido y con una boca igual a la de Cleo al comer, y unos ojos del todo desacompasados, que excluían cualquier sensación de placidez. Aquellos días, cuando me miraba a mí misma en el espejo, ensayaba una sonrisa cadavérica. La luz blanca del cuarto de baño hacía que mi piel se viese lívida, y encontraba mi aspecto bastante aproximado a las descripciones de mi hermana.

No solía tener problemas para dormir, pero Rob aparecía en todos mis sueños, que eran, por lo demás, bastante variados. En ocasiones tenían que ver con el presentimiento de algo inconcreto que lo ponía en peligro dentro del acuario, y yo debía capturarlo con un cazamariposas para tratar de preservarlo de esa inminencia. Él se rebelaba casi siempre, y por eso eran sueños agitados. También había sueños tristes y tranquilos en los que lo imaginaba muerto, emergiendo a la superficie del agua, inmóvil y repulsivo. Luego solo tenía que recogerlo con el cazamariposas y decidir qué hacer con su cuerpo y con el recuerdo luminoso de los primeros

días con Cleo y Rob, que ya nunca más me confortarían. Y así hallaba la diferencia entre recoger y apresar, entre encontrar y perseguir y entre la colección y la caza.

Tenía sueños sobre la abertura de los ojos y de la boca de mi padre cuando murió, que eran en realidad los ojos y la boca de Rob en la cara de mi padre. O en la mía. Y sueños en los que yo no tenía boca, no porque desapareciera, sino porque de alguna manera había nacido sin una. Mi rostro, la nariz, el cabello sobre el arco de la frente, los pómulos redondos que mi padre llamaba «tus manzanitas» estaban ahí. Pero ninguna boca. Y en el sitio de la boca una extensión de piel rosa, absolutamente uniforme, como un desierto de arena ondulada que va anticipando el valle y la duna. Nada más que piel. A veces fría como una porcelana, a veces cálida, pero casi siempre fría, igual que la herida o el corazón de Rob. En el sueño yo trataba de reparar la herida de Rob retirando con un bisturí la masa blanquecina que la cubría, y trataba también de construirme con él una boca, aunque la mayor parte del tiempo me parecía bien no tenerla.

Por las noches, antes de irme a la cama, si Rob no se movía lo bastante para tranquilizarme, sacudía el acuario o golpeaba con la uña el cristal, solo para provocarlo. Acostada bajo las mantas, en cuanto apagaba la luz de la mesita de noche, la marca oscura junto a su aleta crecía hasta inundarlo todo de negrura. La imaginación y la memoria tomaron el aspecto de dos monstruos concretos y temibles en mi último sueño de aquellos días. Soñé que Beatriz y yo bailábamos con Ada cogidas de la mano. Dentro del acuario flotábamos juntas alrededor de mi padre vestido con el traje de conejito rosa de Paula. Cleo aparecía redonda y brillante como una niña de pelo rojo o un círculo incandescente, y aparecía también Rob entre nosotras igual que una sombra, alimentándose desesperado de escamas de comida para peces. Cantábamos una canción sin palabras, que era alegre en la boca de Cleo y un zumbido en las demás bocas excepto en la de Rob, que estaba llena de migajas.

Al amanecer sentí los músculos agarrotados, me asaltó la urgencia de saber si todos aquellos a quienes yo amaba o

recordaba seguían vivos y quise comprobar de inmediato cómo estaban Cleo y Rob. Dentro del acuario solo quedaba ella. Tardé algún tiempo en comprender que no encontraría el cuerpo de Rob sobre la mesa, fuera del agua, ni en ningún lugar.

Mirando a Cleo gorda y rutilante, con la barriga abombada y un sosiego amenazador en los ojos, como si le hubiese sucedido algo maravilloso en mi ausencia nocturna, busqué desesperada en los rincones más oscuros del foro de acuariofilia algún comentario escondido de Guppy sobre peces malvados y sin escrúpulos. Tenía muchas preguntas. «¿Puede un pez comerse a otro pez en el curso de una sola noche?», «¿Puede un pez comerse a otro pez débil o muerto sin enfermar?». No encontré nada más que una recomendación genérica: «No es urgente que retire los peces muertos de su acuario, pero, en todo caso, trate de hacerlo antes de que los otros peces se alimenten de sus cadáveres». Así que en apariencia un pez sí puede comerse a otro pez. ¿Cómo se atreve?

Supe que nunca volvería a amar a Cleo, que nunca volvería a verla como la primera vez, cuando la había señalado con el dedo en la tienda de animales porque parecía apocada y perfecta para mí, pero mantuve la esperanza de que su voracidad fuera suficiente para que ella engullese finalmente toda mi tristeza.

La casa de cristal

1

Es difícil imaginar un sitio más especial

Marga va a vivir en una casa de cristal durante cinco semanas. La experiencia forma parte del programa de residencias artísticas de una muy importante fundación. Presentó un proyecto apresurado hace algún tiempo y el proyecto fue escogido entre un número discreto de solicitudes. La casa es una maravilla de la arquitectura contemporánea y está situada en el corazón de un bosque, entre árboles viejos y caminos de tierra, a poca distancia en coche de Viveiro.

La muy importante fundación es una pequeña anomalía. Lleva el nombre de la arquitecta danesa que diseñó la casa de cristal, Kristine Knudsen, y la dirigen los hijos que ella tuvo con el poeta viveirense Afonso Eanes, dos hombres altos y extranjeros. Afonso Eanes es la razón por la que Knudsen recaló en Galicia en los años ochenta y, en principio, la casa estaba destinada a convertirse en el hogar familiar, pero el poeta murió repentinamente mientras se construía y la arquitecta regresó poco después a Dinamarca, aunque siempre mantuvo el contacto con el lugar de origen de su marido. Ella también es una pequeña anomalía.

La encargada de llevar a Marga a la casa se llama Andrea. Es una mujer joven y animosa que viste americanas *oversize*. Trabaja para la fundación desde que se creó, cinco años atrás, en los meses que siguieron a la muerte de Knudsen. Su tono de voz y su aspecto son terriblemente cordiales. Marga llega tarde y aparca el coche en el borde de una carretera secundaria, en la aldea de Soutelo, que es la más próxima a la casa de cristal. Andrea le indica que alguien la ayudará más tarde con su maleta y a continuación la conduce por un camino abrupto y por una zona de bosque que podría ser muy

agradable si no hiciera un día ventoso. «Es difícil imaginar un sitio más especial», dice Andrea mientras avanzan.

Marga es escultora. Trabaja fundamentalmente con papel maché y resinas sintéticas, construyendo figuras humanas en miniatura que luego coloca en posturas sorprendentes, formando escenas en apariencia cotidianas. Solicitó la residencia artística porque le pareció seductora la idea de desertar del desorden de su apartamento en la ciudad. Al observar lo que tiene alrededor no está segura de si ha sido una buena idea.

La casa de cristal está edificada sobre una plataforma de madera que recuerda a una mesa. En realidad es un calco frustrado de la casa Farnsworth de Van der Rohe y de muchas otras construcciones del mismo estilo que siguieron a la de Van der Rohe, pero como Knudsen tenía la intención de vivir dentro de ella se preocupó de resolver los problemas de habitabilidad que todas esas casas suelen tener. Añadió un anexo de hormigón donde están ubicados los dormitorios, e instaló un sistema de ventilación que evita que en los cristales se forme vaho.

A pesar de todo, Marga siente que el aire puede acabarse allí en cualquier momento. La parte alta de los árboles cubre por completo la casa. Aunque las paredes sean de cristal, la maleza es la única visión, de modo que el edificio, desde el interior, parece un objeto extraviado en un zarzal. Además, no hay luz. Dos operarios municipales tratan de reparar la avería que una tormenta eléctrica provocó de madrugada. Marga se siente satisfecha —quería que le concedieran la beca— pero preferiría no estar donde está. Es el tipo de persona que pide deseos a las pestañas.

Esa mañana, mientras desayunaba en su cocina, se entretuvo un buen rato con un vídeo de una artista filipina que se dedica a la *performance*. La artista sostenía en las manos dos agujas de calceta con las que iba tejiendo alrededor de su cuerpo, a lo largo de once horas, un envoltorio de lana muy blanco. Solo paraba de tejer para introducir, de vez en cuando, una pluma también blanca entre los huecos del punto. Tal vez pretendiese trasladar al espectador una sensación de desasosiego ante esa especie de encierro autoinfligido, pero a Marga le produjo el deseo ansioso de continuar mirando

hasta el final, de que la artista llegase a las últimas consecuencias en la elaboración de la cápsula, y de que resultase lo más apretada posible. Encontró hipnótico el proceso.

En todo caso, esa no es la razón por la que ha llegado tarde. Ha llegado tarde porque no le gusta llegar antes de tiempo a ninguna parte y mantener conversaciones de trámite con gente desconocida. Y porque calculó mal el tiempo del trayecto. En cuanto Andrea se va, Marga se somete al repaso exhaustivo de los acontecimientos inmediatamente anteriores. Se siente avergonzada por haber llegado tarde, recuerda con detalle cada una de las respuestas obvias y aburridas que acaba de dar a las preguntas de Andrea y tiene la certeza de haber sido descortés con Pati, una mujer de mediana edad que vive en Soutelo y que se encargará de limpiar la casa de cristal una vez por semana.

El recuerdo es un hormigueo que comienza en sus orejas calientes y coloradas y no tiene final. Cuando Andrea le presentó a Pati, Marga le dijo que no necesitaba ayuda para cargar con su maleta desde el coche. «Como quiera», había respondido Pati. Marga canta mentalmente una canción para pulverizar la vergüenza, y enseguida imagina que esa vergüenza y todo lo que ocurrió antes de que se quedase sola es la página de un libro que ella puede, simplemente, pasar. Después coloca el poco equipaje que ha llevado como si fuera muy importante el lugar que cada cosa ocupa. Guarda la ropa de manera que haya algo suyo en todos los estantes y cajones del armario, acomoda en el cuarto de baño los objetos y productos de aseo personal teniendo en cuenta la frecuencia de uso y prepara la zona de comedor como espacio de trabajo. Imagina también unos pocos cambios que haría, si pudiera, en la distribución de la casa, y unos pocos muebles que compraría, si pudiera, para que fuese más confortable o más de su gusto.

No es una persona ordenada porque diseña siempre sistemas de organización tan complejos que son imposibles de mantener en el tiempo. Su juego favorito en la niñez era inventarse normas y propósitos para una diversión futura de funcionamiento perfecto, una diversión que nunca llegaba a consumar porque se le hacía de

noche proyectando. Tuvo una infancia solitaria, sin hermanos con los que pasar las tardes hasta el nacimiento de Paula, que, de cualquier forma, es doce años más joven que ella. Hace mucho que no ve a Paula. Hace mucho que no ve tampoco a sus padres, aunque algunas veces intercambia mensajes con ellos dos. Los separa la onda expansiva de una desgracia familiar.

Antes de Paula, sus padres tuvieron otro hijo, un bebé rosa y barrigudo que se llamaba como un abuelo que Marga no conoció. El bebé dejó de respirar de un momento a otro mientras dormía, una mañana calurosa de verano. Retransmitían la competición de salto de longitud de las Olimpiadas de Barcelona. Marga tenía entonces siete años y detestaba las tardes lentas y sombrías que ese bebé había traído a su familia. Cuando ella misma era un bebé, dormía tan mal que su madre había decidido proteger a toda costa el sueño de aquel segundo hijo. Marga sabía que su madre no levantaría las persianas de la casa hasta que él despertara por fin y que solo cuando eso pasase probablemente irían todos a la playa. Así que acechaba la cuna esperando el final de la siesta. Todavía no ha sido capaz de olvidar el brazo extendido del bebé, como enmarcando la cabeza, y tampoco el extraño aspecto de garra de su mano derecha, con el dedo meñique apuntando al techo. Lo había cogido por ese dedo y lo había agitado un poco para que despertara. Fue la primera en darse cuenta de que estaba frío y rígido, pero no dijo nada. Se sentó junto a su padre en la sala de estar y esperó a que pasase algo. Nadie levantó aquella mañana las persianas.

La obra de Marga tiene cierto carácter narrativo —a ella le gusta decir que cuenta historias—, aunque las historias que cuenta nunca se parecen a la suya. Eso es lo que ha ido a hacer a la casa de cristal: contar la historia de la desaparición de Paula con figuras de papel maché. Piensa muchas veces en ella, piensa en un acercamiento entre las dos, se inventa la vida que tendrá. Pero no desea encontrarse de nuevo con su hermana, solo quiere construir una ficción sin esperanza que ocupe los lugares incómodos del

recuerdo y amortigüe tristezas futuras. Una ficción bonita y estructurada.

La casa de cristal no tiene persianas que Marga pueda bajar o subir, pero sí unos paneles que se desplazan de izquierda a derecha, superponiéndose unos sobre otros para crear distintos ambientes. Funcionan con un mando a distancia. Antes de que se vaya el sol, se da cuenta de que la avería eléctrica ya ha sido reparada, tal y como le había asegurado Andrea. Marga enciende entonces las luces de toda la casa y mueve de un lado a otro los paneles. Después se entrega con deseo y placer al superficial e instantáneo tornado de internet en su ordenador. El arqueólogo Howard Carter —lee—, al asomar la cabeza en la tumba de Tutankamón, iluminó el interior con un candil y encontró un ajuar de objetos insólitos sobre los que nadie había puesto los ojos durante más de treinta siglos. Mareado y sorprendido por aquella abundancia —estatuas preciosas, animales extraños, un brillo dorado de esplendor—, cuando le preguntaron si podía ver algo, respondió: «Veo cosas maravillosas».

Un cisne ha provocado el retraso de un tren en el metro de Londres —descubre entre los titulares de un periódico digital—. Luego recibe un correo electrónico de Andrea ofreciéndose a resolver cualquier percance que pueda surgir durante su estancia. La notificación aparece en la parte superior de la pantalla mientras observa un estanque de nenúfares en Francia que alguien ha fotografiado durante varias horas. Mira una flor de loto que se rompe, y de la que sale una abeja pequeña, zumbando hasta desvanecerse al final de la secuencia de imágenes. Solo después abre el correo electrónico de Andrea y responde: «Todo en orden».

2

¿Seguirá aquí cuando llegue el eclipse?

La vida en Soutelo es casi siempre imprevisible, pero no por eso resulta excitante. Marga se despierta cuando la casa de cristal se llena de luz y después pasea por el bosque. A veces hace un recorrido circular, a veces va y viene de la casa a la aldea. Sin que exista una razón concreta, también hay días en los que se siente incapaz de salir de la cama. La luz cae del mismo modo unos días y otros, pero, mientras unos pasea, otros no se puede mover. Hay personas incapaces de seguir el ritmo de su propia vida, como si su velocidad no estuviese ajustada a la del tiempo.

El temperamento de Marga es en general escéptico, sin embargo tiene convicciones que ella considera mágicas o infantiles. Sufre lipotimias ocasionalmente desde la adolescencia y las atribuye a una escisión entre su cuerpo y su mente. Son avisos de estar en el sitio incorrecto y de que su conciencia viaja para escaparse de él. Cree en las fuerzas misteriosas que la arquitectura ejerce sobre las personas y está convencida de que algunos puentes provocan accidentes de tráfico y algunas casas estimulan la tristeza de sus dueños. Piensa que los artrópodos —las arañas, desde luego, pero también los cangrejos y los escarabajos— son naturalmente criaturas temibles. El exoesqueleto de los artrópodos le parece la prueba de su maldad, y eso tiene algo que ver con la energía de la casa de cristal en los días que Marga no se puede mover. También los pájaros le dan miedo.

Al otro lado de la carretera hay una casa vieja con un jardín desbordado de plantas, como si alguien hubiese cultivado durante muchos años cada rincón disponible de forma meticulosa. Pati limpia los viernes por la tarde. Le cuenta que esa casa y el jardín

eran de un hombre que murió el mes anterior, un hombre un poco solitario, aunque todo el mundo lo quería bien. Las hijas de ese hombre no han vuelto por allí desde el día del entierro, la casa ha sido por completo abandonada desde que él murió. Cuando una casa se abandona no tarda en llegar la desgracia. Desaparecen los caminos, la ruina se propaga por la aldea igual que una infección. Son las casas las que sostienen los lugares como Soutelo, y si la gente las desatiende, no tiene derecho a la consideración de los demás ni tampoco al consuelo, por lo menos en la opinión de Pati. Aparentemente, que una persona sea dueña de una casa no significa que esa casa le pertenezca por entero. A pesar de todo, a Marga le agrada lo que ocurre en el jardín a causa del abandono. Siente que hay algo ingobernable en los helechos que crecen por fuera de la verja. Algo que no se detiene.

Los sábados por la mañana va caminando hasta la parte baja de la aldea en busca del supermercado Tandy, que es una tienda de ultramarinos. La fundación le ha asignado un pequeño estipendio para cubrir los gastos de manutención durante su estancia en la casa de cristal y ha tomado la decisión de usar exactamente esa suma, que es más de lo que necesitaría si fuera una persona frugal y menos de lo que ella suele gastar (porque no lo es). Quiere convertir esas pocas semanas de otoño en un experimento, trazar un paréntesis que le permita olvidar cualquier aspecto de su rutina anterior y actuar como si sus compromisos de después no existieran.

Los primeros dos sábados hizo una compra conservadora, así que el tercero, por oposición, hace elecciones bastante estúpidas —tres paquetes de arroz, cinco quilos de naranjas—, como si tratara de alimentar a una familia grande que va de acampada, sin tener en cuenta que deberá llevarlo todo consigo de vuelta a la casa de cristal. El supermercado Tandy lo atiende Cris, la hija de Pati, y ocupa la planta baja de la casa donde viven juntas. Cris parece más joven de lo que en realidad debe de ser porque enseña todos los dientes al sonreír. Marga interpreta la sonrisa de Cris como un

gesto de desconcierto ante el peso y el volumen de su cesta y vuelve a colocar discretamente las naranjas donde estaban.

Cuando pregunta si es posible que le lleven la compra a la casa de cristal desde el supermercado, Cris frunce el ceño y entonces Ernesto, un hombre jubilado, se ofrece a ayudarla él mismo. Tiene un periódico bajo el brazo y ha aparcado fuera de la tienda un coche familiar con un maletero grande, dentro del que va guardando cajas de leche, varias mallas de patatas y algunos sacos de maíz y de pienso especial para aves domésticas. Vive muy cerca del supermercado Tandy. De hecho no suele ir hasta allí en coche más que una vez al mes, cuando tiene que hacer compras pesadas —explica—. Para llegar a su casa hay que subir la colina. Estará encantado de dar un paseo con Marga hasta la casa de cristal. Marga preferiría que la ayuda se la ofreciera Cris, pero no puede escoger. Deciden —Cris y Ernesto deciden— que lo más sencillo es que acepte la oferta de él.

«¿Seguirá aquí cuando llegue el eclipse?», pregunta Ernesto mientras conduce. Marga niega con la cabeza. Viveiro es una de las mejores zonas para ver el eclipse solar del que todo el mundo lleva meses hablando en todas partes, pero, cuando eso ocurra, ella ya estará de vuelta en su apartamento. Es difícil huir del revuelo alrededor de él. Los hoteles de Viveiro están completos en esas fechas. En el supermercado venden gafas de cartón con cristales oscuros para proteger la vista durante el acontecimiento y unas extrañas cabezas, también de cartón, para ponérselas a los niños y que no se les quemen los ojos en un descuido. Para Marga, el eclipse es un engorro. Los días en los que la gente hace simultáneamente lo mismo, como el último día del año o cuando se celebran elecciones, se siente más sola que los demás.

La mañana es fresca y los cristales del coche de Ernesto permanecen empañados durante el trayecto. Está casado con una mujer que se llama Marieta y trabaja en una oficina bancaria de Viveiro. Tienen una hija que se llama Melodía a la que él se refiere primero como a la pobre Melodía y después como a la pobre Melodía que está enferma. Tienen también otra hija, Sonia, que estudia en la universidad. El pienso es para alimentar un ganso que

vive con ellos desde hace ya doce años. Por lo general se alimenta del maíz que Ernesto compra en costales en el supermercado Tandy, pero algunas veces necesita algo más nutritivo. Con sus propias manos, en la parte de atrás de la casa, le ha construido un pequeño estanque y un recinto cerrado especial. Se le dan muy bien esos arreglos —dice—. En su familia todos tienen algún talento. Marieta es una excelente cocinera y Sonia es muy inteligente —añade.

Marga no sabe nunca a qué se refiere concretamente la gente cuando dice que algo o alguien es muy inteligente. Por ejemplo: la casa de cristal es de planta romboidal y el logotipo de la fundación, impreso en la vajilla, está configurado con las iniciales de Kristine Knudsen, dos letras «K» enfrentadas una a la otra, de modo que en medio de ellas se forma un rombo. Eso es lo que Marga considera algo «muy inteligente». Una de las piezas de la vajilla, una taza, se le rompió hace dos noches por la parte del asa. Como recuerda a un medio corazón, Marga se guardó el asa en el bolsillo. Los pedazos del resto de la taza los tiró a la basura, pero el medio corazón quiso conservarlo. Ahora agarra el medio corazón como si el asa de cerámica estuviera unida a algo firme que las sostiene a las dos.

Ernesto aparca el coche en la entrada del bosque y ambos caminan juntos hasta la casa de cristal. Hace comentarios sobre su estructura, que le parece endeble, y sobre el coste de asegurar el edificio entero. Después invita a Marga a cenar una semana más tarde, para que conozca a Marieta, a Melodía y al ganso. Marga ha aprendido que la mejor estrategia para deshacerse de compromisos que no le apetece aceptar es decir que sí y cancelar la cita con cualquier pretexto algunas horas antes. Posiblemente sea poco considerado, pero también es práctico. No le habla a Ernesto de su aprensión por las aves.

Esa noche se queda dormida muy temprano, pensando que la casa de cristal es demasiado frágil, demasiado transparente, y que en cualquier momento puede romperse con ella dentro. Sueña que su hermana está muerta, pero en el sueño es su hermana quien se lo comunica, de pie en el vestíbulo de la casa de cristal, como una

aparecida, con el pecho abierto, picoteado por un pájaro grande que lleva posado en el hombro. No hay dolor ni desconcierto en la expresión de Paula. Y cuando por fin se despierta, Marga olvida el sueño enseguida.

Después de cinco semanas sin saber nada de Paula —y de eso han pasado ya algo más de dos años— denunció su desaparición. «No desea ser localizada, pero está bien», fue la única información que recibió. Hace poco, su madre le dijo que Paula había encontrado trabajo, como si su hermana nunca se hubiese marchado de sus vidas. Le pidió que no preguntara más. Eso es todo lo que sabe de Paula ahora.

3

Una forma de vida nueva y estimulante

Marga experimenta una disminución progresiva de su velocidad vital durante los días que pasa en Soutelo, que ella atribuye a la casa de cristal y al influjo del edificio sobre su cuerpo. Pero cuando trabaja, cuando por fin se sienta a la mesa del comedor delante de las cubetas de agua y papel maché, es capaz de concentrarse de un modo raro y luminoso, se siente despierta y acelerada, y algunas veces piensa que su cabeza brilla de alguna manera, no en un sentido metafórico, sino tal y como brilla el neón refulgente de los letreros de un centro comercial.

Los alicates con los que va doblando el alambre interior de sus figuras le producen heridas en el dorso del dedo índice, que tiene que cubrir con cinta de enmascarar para que no le duela usarlos. Construir los esqueletos de esos personajes es lo que más le agrada del proceso. Mientras les va dando forma inventa para ellos vidas detalladas, vidas que podría escribir si no lo considerase un resultado insuficiente y también un poco vulgar. Esa es la parte seca del trabajo. Al principio los personajes son felices y el alambre es maleable. Después, la imaginación de Marga retuerce y endurece sus biografías. Al final mete las manos en el agua y pasa el papel por un colador. Sabe que la pasta está lista cuando la piel se le arruga.

Puede parecer que el trabajo de Marga tiene que ver, sobre todo, con las manos, pero en realidad lo que hace con ellas es un pretexto para poder inventar. Lo que ofrece es infinitamente mejor que una historia, porque es una figura. Es la única que conoce lo que sus figuras llevan en el interior, la única que sabe que dentro de una bola suave y perfecta hay una cruz de alambre.

Para contar la historia de Paula, construye primero una estructura sencilla, con dos estacas verticales que sostienen un cordel, como si fuera un tendal para secar la ropa. Usa cordón de empaquetar que ha comprado en el supermercado. Después coloca una niña muda sentada en el suelo, observando el cordón. Además de ser muda, la niña es impertinente y obstinada, tres facultades que solo Marga conoce.

Las esculturas, en su forma definitiva, le sirven para volver al lugar en el que estaba mientras las construía, igual que las fotografías de un viaje. Eso es lo único que a Marga le importa. No hay catarsis, pero, de haberla, su eficacia siempre tiene que ver con la belleza. Cuanto más inquietante y hermosa sea para los demás una escultura, más útil resulta también para su propio consuelo. En la cuerda de tender que la niña muda observa, Marga cuelga a un hombre por los pies. Accidentalmente el hombre toca el suelo con la punta de los dedos porque Marga se ha equivocado con las proporciones, pero decide dejarlo así, como si a ese hombre le quedase alguna esperanza. La niña no es Paula, pero el hombre es su padre. También construye al hermanito muerto. Y una escalera que se eleva hacia ninguna parte. Ahí es donde lo pone.

El padre y el hermanito de la escultura, a diferencia del padre y el hermanito de su recuerdo, no le dan miedo. En realidad no está segura de si es temor lo que siente por el hermanito, pero sí por su padre. El padre de Marga enfermó poco después de que ella se fuese de casa, cuando Paula era todavía adolescente. Convive con un infrecuente síndrome genético cuyos síntomas aparecen de forma tardía, más o menos al llegar a la edad que Marga tiene ahora, aunque pueden presentarse antes. Por supuesto, ella ha estudiado a conciencia cada posible evidencia de enfermedad en su cuerpo. Comienza con temblores y dificultades motrices, sobre todo en las extremidades, a eso le siguen movimientos descontrolados, fuertes dolores de cabeza, tics faciales y desequilibrios. El paciente es finalmente incapaz de caminar, hablar y tragar. Algunos, aunque esto no le ha ocurrido al padre de Marga, sufren una especie de demencia.

Si por ejemplo hace presión con el dedo meñique sobre un

trozo de alambre, o sobre la pasta de papel maché, para redondear la cabeza de un pájaro —decide que ese pájaro sí es Paula— y su dedo tiembla por cualquier razón, Marga se pregunta si el temblor del dedo es un augurio o la primera representación de su herencia. Ha leído en algún sitio que la muerte súbita del lactante está relacionada con una predisposición genética, aunque también ha leído —en otro sitio— que está relacionada con la colocación de la Luna el día del nacimiento de los bebés, con la inclinación de la órbita de los astros, con el movimiento de los cuerpos celestes y su influencia durante la concepción.

Marga quiere pensar, porque le conviene, que existe una relación entre el hermanito muerto y la enfermedad de su padre. La mitad de los hijos, la mitad exacta, cargan con la dolencia en su código genético. A Paula, la idea de someterse a un examen genético para anticipar su destino le pareció la peor de las ideas y Marga no quiso hacerlo sin ella, correr el riesgo de perderlo todo tirando los dados en solitario. Como Paula es posterior al hermanito muerto y desea permanecer ajena a la enfermedad de su padre, no puede ser otra cosa que un pájaro que se escapa, igual que una abeja zumbando, por la esquina superior izquierda de la escena.

A Marga le gustaría tomar la medida de la desaparición de Paula, saber si ella piensa con frecuencia en lo que ha dejado atrás o si ha crecido. La madre de ambas es una mujer bondadosa aunque esquiva, que vive en una ciudad turística a orillas del Mediterráneo desde hace muchos años, con un hombre rubio algo más joven que ella. Se ocupa de su marido enfermo, lo visita en una residencia cercana a su casa cuando puede, y a veces informa a Marga de cambios irrelevantes, como cuando lo trasladaron a un cuarto con vistas a la playa. No es que no desee ser localizada, como Paula, pero piensa que Marga es la culpable de la extraña actitud de su hija menor y limita los contactos. La madre de Marga es la niña que observa, sentada, toda la escultura, sin decir nada, sin poder decir nada, en la opinión de Marga. Cuando por fin comprende eso, las horas dejan de ser bólidos imparables, su cabeza se detiene, examina su obra y, como casi siempre ocurre, va

deshaciendo la pasta todavía húmeda y devolviendo el papel maché a la cubeta de agua, y luego aplasta las estructuras tétricas de alambre como puede e imagina que otro día hará algo más bonito.

Después, Marga se aburre en la casa de cristal, de nuevo sin saber qué hacer hasta el día siguiente. Cuando se pone el sol, recuerda que no ha cancelado la cena con Ernesto y su familia. Ahora le parece buena idea ir. En realidad todo lo que Marga hace, excepto las esculturas, tiene como única función llenar un hueco. En el camino desde el bosque hasta la casa de Ernesto ve un cartel de la oficina municipal de turismo. En él, un grupo de personas observa el cielo de espaldas en lo alto de una colina. La escena podría ser el final de una película sobre una invasión extraterrestre en un pueblo de pocos habitantes. El eclipse, como la enfermedad de su padre, es uno de esos raros acontecimientos que se pueden pronosticar, algo de lo que puede decirse, con total certeza: «sucederá» o «no sucederá».

Marga presiona varias veces el timbre del portón de la casa de Ernesto sin escuchar ningún ruido. Él acude de todos modos enseguida, como si hubiese estado mirándola desde algún lado. El exterior de la vivienda no es ni un jardín ni una huerta. Ernesto y Marieta no suelen darle nombre a ese lugar. Cuando tienen que referirse a él, hablan de ir fuera o de traer algo de fuera y después de meterse dentro. El ganso patalea en un estanque, con un trozo de pan en el pico. Tampoco tiene nombre. Entre secciones de tierra seca y hierba salvaje hay algunos arbustos de diferentes alturas, podados hace mucho tiempo para representar alguna forma reconocible, pero ya es imposible adivinar de qué forma en concreto se trataba. Son animalitos bastardos, geometrías parcialmente deformadas. La jaula del ganso ocupa una esquina completa del terreno y está cercada por una alambrada alta de apariencia endeble. «Puede ser un animal violento», dice Ernesto mientras entran en la casa.

En la sala de estar, algunos muebles que parecen parte de un conjunto conviven con algunos otros que no. Marga aparta la vista de todos ellos y la fija en la alfombra —elegante, algo histriónica,

cubierta de pelusas y migas de pan— para interferir lo menos posible en la intimidad de la familia, aunque no lo hace por respeto a esa familia sino por sus propios pudores. En una mesa junto al televisor hay un acuario donde nada un grupo de peces amarillos y azules. Los peces son alegres, pero también desagradables. No le resultan, en todo caso, tan repulsivos como el ganso. Ernesto le muestra una cámara pequeña que ha colocado en un lateral del acuario. Capta de forma permanente lo que sucede dentro de él para retransmitirlo en directo a través de un repositorio virtual de imágenes en vídeo. La mayor parte de las grabaciones del repositorio proceden de cámaras de seguridad de aparcamientos, autopistas y aeropuertos. Una visión de los puntos ciegos del mundo, piensa Marga.

Todo en la habitación es de colores mortecinos, incluido el sofá donde Melodía está aparentemente dormida —«esta es la pobre Melodía», dice Ernesto—, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos retorcidos. Tiene la misma postura que tienen los títeres cuando los abandonas en un sitio. Es una mujer adulta más o menos de la edad de Paula, y no una niña acatarrada como Marga había imaginado cuando Ernesto le dijo que estaba enferma al hablarle de ella por primera vez. Quiere preguntarle por qué Melodía se llama así, pero luego piensa que, si a Ernesto le gustase explicar esa historia, él mismo la contaría sin que le preguntasen. Le habla de su hija Sonia, que vive temporalmente en Montpellier gracias a un programa de intercambio. Están muy orgullosos de esa hija, aunque por supuesto también están muy orgullosos de la pobre Melodía y todavía no han perdido la esperanza de que un día pueda hablar o por lo menos comunicarse de alguna manera.

A pesar de la enfermedad de la pobre Melodía y de la partida de la muy inteligente Sonia, el matrimonio pasa por su mejor momento en muchos años. El verano anterior hubo un incendio forestal que afectó a algunas casas de los alrededores, no a la suya, aunque fueron también trasladados al polideportivo local. Allí les dieron ropa, agua y mantas. Lo primero que hizo Ernesto, después de eso, fue comprar cuatro mochilas y llenarlas con lo necesario para actuar ante una emergencia. Antes, Ernesto y Marieta no

tenían ninguna afición en común. Ahora dedican todo su tiempo y todo su esfuerzo a hacer preparativos para sobrevivir en caso de que se produzca una catástrofe eventual. Se duchan con agua fría para acostumbrar el cuerpo a situaciones de estrés y practican deporte con regularidad.

Al principio, Ernesto era el único interesado en el asunto. Convenció a Marieta poco después. Compartir una pasión, no importa cuál, es lo que sostiene un matrimonio largo. «Si pasa cualquier cosa, tendremos algo con lo que contar», dice Marieta mientras pone en la mesa una bandeja con refrescos, algunos aperitivos, distintos platos fríos de embutido, queso y pan. Ernesto va y viene de la cocina a la sala de estar. «El gobierno sueco prepara a sus ciudadanos para el colapso», explica con prudencia una de esas veces que viene. Marga ve pasar el ganso por el ventanal. Persigue los movimientos de Ernesto, golpea el cristal con el pico de vez en cuando y emite chillidos agudos y vehementes hasta que él le lanza un puñado de patatas fritas. El animal desaparece detrás de ellas. Marga pensaba que la cena sería algo más formal, que se sentarían alrededor de una mesa de comedor unos frente a otros, pero Ernesto y Marieta encienden el televisor, se acomodan en el sofá e invitan a Marga a hacer lo mismo.

Como ella parece comprensiva y atenta a sus explicaciones, los dos enumeran todos los escenarios para los que una familia debería estar preparada mientras devoran trozos de queso y patatas fritas. Hablan de incendios, inundaciones, fugas radiactivas y terremotos. De la quiebra del sistema económico, de una amenaza nuclear y, en definitiva, del fin del mundo tal y como lo conocemos. Incluyen entre las desgracias la posibilidad de un corte de luz, como el que produjo la avería en el tendido eléctrico la noche anterior a la llegada de Marga. Es una forma de vida nueva y estimulante, a la que se entregan de todo corazón.

4

Si una hija canta bien

La desgracia ha unido a la familia de Ernesto con la misma intensidad con la que separó a la de Marga. La conclusión es obvia: unen las desgracias imaginarias, separan las desgracias fácticas. Una desgracia imaginaria es algo que se puede combatir en comunidad, pero una desgracia concreta —y ya sucedida— evidencia la suerte que ha tenido cada uno en ese combate.

A Marga la asalta la culpa del superviviente. Si un hijo muere en una familia, la hija que queda se convierte en la hija viva, igual que si en una familia un hijo está dotado para los deportes, inmediatamente los demás hijos tendrán que definirse con respecto a ese don, y serán hijos también dotados para los deportes o hijos zopencos, pero ya no podrán eludir el examen de sus habilidades. El bebé dormía bien y estaba muerto. Marga dormía mal y estaba viva. Hasta el nacimiento de su hermana, no volvió a haber luz o alboroto en la casa. Paula era parlanchina y ágil. Paula era parlanchina y ágil y estaba viva. En cuanto cumplió los meses que tenía su hermano cuando murió, fue considerada un regalo justo, una bendición. Como en una competición de salto de longitud, no le celebraron el salto hasta que llegó más lejos que el atleta anterior.

Su padre le enseñó a hacer toda clase de monerías delante de la fotografía del hermanito muerto. «Mira el hermanito, lánzale un beso», decía. Y Paula le lanzaba un beso que dejaba en la palma de su mano un espumarajo de saliva. No era muy avispada, nunca recordaba las letras de las canciones que le cantaban y, a diferencia de Marga, no era capaz de entonar. Si una hija canta bien, la otra se convierte en la hija que no canta bien. Marga cantaba bien.

Paula no cantaba bien y su nulo sentido del ritmo resultaba, sin embargo, adorable para todos. Las dos estuvieron siempre distanciadas por una silla vacía. Y por algo más. Una especie de intemperie.

Marieta le muestra a Marga una caja con los objetos que acumulan desde el verano anterior: una navaja multiusos, varios cuchillos, comida enlatada, un camping gas, cuatro linternas con sus baterías, un paquete de velas, cerillas, un silbato, una brújula, un par de lonas de linóleo, mantas térmicas, una baraja de cartas y cinco cartones de tabaco —ninguno de los dos fuma, pero piensan que pueden intercambiar cigarros por otras cosas llegado el caso—. Tienen botellas de polietileno metalizado resistente al desgarro donde poder guardar reservas de agua si cortasen el suministro. Tienen un deshidratador doméstico de alimentos para preservar por ejemplo la fruta, que luego puede consumirse con su textura natural, después de empaparla en agua caliente. Tienen varias mudas de ropa guardadas en bolsas individuales de plástico, una para cada uno, y cuatro abrigos de montaña sin estrenar. Por último, en el garaje, tienen también cinco bidones de gasolina.

«El preparacionismo es una actitud generosa», dice Marieta. Marieta entiende que al principio la gente no piense así. Ella misma no pensaba así. Pero las personas preparadas evitarán hacer uso de las ayudas del gobierno o de los protocolos de urgencia que se pongan en marcha cuando el colapso llegue, de modo que esos recursos puedan destinarse a las personas que más los necesitan. Melodía despierta cuando su madre pronuncia la frase «las personas que más los necesitan» y coge pan de la mesa, indiferente a la presencia de Marga. Las personas que más necesitan la ayuda gubernamental en una catástrofe son las más débiles y las poco precavidas. Una al lado de la otra, Melodía y Marga representan esos dos tipos de persona.

Ser precavido no es lo mismo que ser asustadizo, o eso piensa Ernesto. Podría ocurrir cualquier desastre. Al fin y al cabo, no es nada que no haya ocurrido antes. Ha habido guerras, hambrunas, deportaciones, campos de exterminio. Incluso un meteorito. «Alguna gente sobrevive en esos escenarios y otra gente no», dice

Ernesto, como si fuera una verdad imposible de matizar. A Marga no le apetece alegar que la supervivencia a un campo de exterminio, a una hambruna y a un eventual meteorito no parece depender de guardar en el garaje cinco bidones de gasolina y una linterna. No sabe qué decir. En algún momento, Ernesto y Marieta han dejado de escuchar, está segura, los chillidos afligidos del ganso en el exterior, pero ese momento todavía no ha llegado en el caso de Marga. Prefiere mirar el acuario. A diferencia de lo que ocurre con el ganso, es posible eludir la angustia de los peces, hacer como si no estuvieran allí. En realidad no están. El acuario es una excusa para fijar la vista y pensar en otra cosa.

La sala de estar tiene un cuarto anexo separado por una puerta doble, abierta de par en par, sobre la que hay un arco con una moldura de frutas de escayola. Melodía se levanta del sofá y se instala en ese cuarto. Juega con un tren de madera. Se escucha el ruido de la locomotora arrastrada por las vías y los aplausos de aprobación de la mujer, rítmicos y poco apasionados.

—¿Tú por qué piensas que Melodía no habla? —pregunta Marieta.

Ha sintonizado el canal de deportes en el televisor. Emiten una competición de saltos de esquí en diferido. Los saltadores hacen un descenso vertical. Da la sensación de que flotan en el aire para estamparse sin remedio en la nieve, pero después logran siempre resbalar sobre ella. Por muchos saltadores que pasen por la pantalla, parece seguro que cada nuevo saltador se estampará. Marieta apenas les hace caso.

—Si Melodía no habla es porque es demasiado hermosa para hablar. ¿No te parece? —insiste.

Lo cierto es que a Marga sí se lo parece. La belleza de Melodía es rutilante y compacta. Sería absurdo describirla y sería imposible cuestionarla. Es hermosa como es hermosa la barcarola de Offenbach o como un eclipse es hermoso. No por un motivo parecido o comparable, sino exactamente por el mismo motivo. Marga se pregunta si es justo exigirle a un ser humano tan hermoso que además hable. En todo caso debería ser capaz de cantar, sin pronunciar ninguna palabra, piensa. Pero ese pensamiento le

parece odioso. Como ha experimentado la compasión, sobre todo después de lo que le sucedió a su hermano, Marga no la practica. Sentir lástima de los demás es para ella una forma de aversión, un intento de distanciarse del temor a ser otro.

Los argumentos de Ernesto y Marieta son cada vez menos razonables. Marga no puede disimular su estupor y tiene la sensación de estar asistiendo a la apertura de un sarcófago de raras ideas. Su paciencia termina cuando Marieta le muestra una carpeta de fotografías en su teléfono móvil. Son distintas imágenes del cielo que se ve desde la ventana de su cocina, siempre atravesado por las estelas blancas que dejan a su paso los aviones comerciales. Marieta trata de explicar que hay algo sospechoso en esa espuma, que al menos es digna de tener en cuenta la posibilidad de que se trate de materia química o biológica fumigada sobre la población general con propósitos poco claros.

Melodía era una niña normal hasta que cumplió un año. En el recibidor de la casa hay una fotografía donde es todavía un bebé. Está vestida con un traje blanco muy aparatoso, lleno de falsas plumas. Lleva una caperuza que termina en un trozo de plástico amarillo con forma de pico. Es un disfraz de cisne. La imagen está tomada en Oviedo durante unas vacaciones. Ernesto y Marieta ya no pueden irse de vacaciones porque deben hacerse cargo de sus responsabilidades —explican— y Marga no está segura de si esas responsabilidades tienen que ver con Melodía o con el cuidado del ganso. Ernesto desearía que su ganso fuera un cisne pero, de cualquier manera, el animal se aproxima lo suficiente a un cisne y eso está bien. En la fotografía, la niña señala el cielo y sonríe. Ahora no tiene expresión. Es imposible convencer a Marieta de que la estela de los aviones es inofensiva. Melodía era una niña sonriente y cariñosa y ya no es capaz de comunicarse. «Nadie te prepara para algo así», dice Marieta.

5

Un campo de flores amarillas

En su último día en la casa de cristal Marga es sorprendida por escalofríos que no puede controlar. Tiene pensamientos lentos, le hierve la frente y su cuerpo pesa. Trata de mitigar los síntomas con una aspirina antes de recibir la visita de Andrea, que llega acompañada por un fotógrafo, dos periodistas y algunas autoridades. Pati la ha ayudado a recoger la casa y Andrea ha traído flores para darle una apariencia más agradable. Durante media hora se hacen presentaciones, fotografías y preguntas. Marga extiende la mano para saludar, alargando el brazo todo lo que puede, cierra la boca para las fotografías y procura no hablar demasiado, aunque asiente vigorosamente con la cabeza después de cada cosa que Andrea dice.

Andrea explica que la fundación ha tenido la feliz ocurrencia de diseñar un proyecto dirigido a los artistas del país con la intención de generar oportunidades para que ellos reconecten con el corazón de la tierra. Argumenta que se trata de una iniciativa muy necesaria en los tiempos instantáneos y superficiales que vivimos. A Marga las expresiones como «reconectar», «muy necesaria» o «generar oportunidades» y las menciones relativas a la «superficialidad de los tiempos» le resultan irritantes y no sabe por qué. No le resultan irritantes como una mentira o un insulto, sino más bien como una uña encarnada o una piedrecita en el zapato. No son conceptos a los que se quiera oponer o ideas que le urge confrontar, pero en esas palabras hay algo inconcreto de lo que desea desembarazarse, igual que de la urgencia por rascarse la piel con las uñas o del malestar que produce la fiebre.

Durante los días anteriores, se aficionó a conectarse al

repositorio virtual para localizar la actividad del acuario de Ernesto y Marieta. También encontró allí una playa de Barcelona, una vista del cielo de Macao, el jardín de atrás de una casa familiar en Maracaibo y la plaza mayor de un pueblo holandés. De pie, al lado de los fotógrafos, es por fin capaz de imaginar cómo se sentirían los peces filmados por Ernesto y Marieta si los peces tuvieran alguna emoción.

Andrea habla de los fondos europeos, de la inestimable colaboración del gobierno autonómico y del eclipse. Marga lleva unas mallas deportivas y un jersey amarillo ancho, así que parece una adolescente a su lado. No sabe nunca qué es lo que debe responder a ciertas preguntas. Si respondiese sinceramente, resultaría frívola o estúpida a ojos de los demás.

La gente parece pensar con frecuencia que Marga hace esculturas para curarse de algo porque Marga hace esculturas que cuentan historias y tanto las esculturas como las historias de Marga son frágiles. Pero Marga no hace esculturas para curarse. Marga no tiene una idea, ni siquiera remota, respecto a por qué hace esculturas, y por eso se inventa algunas que suenan bastante bien en su opinión. Hago esculturas para poder estar sola mientras siento que hablo con alguien. Hago esculturas para que me quieran, dijo una vez, aunque sabe que en el mejor de los casos eso es una idiotez y en el peor de los casos, pura presunción. Hago esculturas porque estoy viva.

La verdad es que en las cinco semanas anteriores no ha conseguido terminar ninguna y quiere volver a casa. No a su casa en la ciudad, no a la casa de su infancia. Quiere solo volver a algún lugar acogedor. Y prefiere ignorar la fiebre hasta llegar a ese lugar.

De camino a su coche, arrastra la maleta de ruedas, se siente súbitamente acalorada por el esfuerzo, su visión se emborrona y se instala en sus orejas un zumbido. La caída es inevitable y en ella su cabeza choca contra el suelo. El cielo está cubierto por las ramas de los árboles y sus bifurcaciones, que son como redes neuronales o secciones de un cerebro humano.

Cuando abre los ojos, encuentra a Ernesto y Marieta junto a ella. Una vez por semana, ejercitan sus habilidades en las zonas

menos frecuentadas del bosque. Despliegan lonas para construir un refugio que los proteja de la lluvia, con una navaja multiusos cortan leña y luego le prenden fuego con una roca de magnesio, haciendo fricción en ella con la navaja. Es la primera lección de un curso de supervivencia por correspondencia al que están suscritos. Marga no sabe durante cuánto tiempo ha perdido el conocimiento. Tiene colocada una manta térmica sobre las piernas y Marieta la apunta con su linterna.

Los dos actúan como si ella acabase de sufrir un gravísimo accidente en vez de una discreta lipotimia a causa de la fiebre. Y también como si eso fuera una noticia maravillosa. Parecen pensar que Marga ha tenido mucha suerte de que por casualidad ellos estuvieran cerca cuando pasó. Marieta detalla todas las complicaciones que un adulto febril puede padecer. Su relato incluye terribles historias de hombres hechos y derechos, sanos por completo un día, y muertos poco tiempo después con el cerebro inflamado y los ojos en blanco, acostados en sus camas.

Marga comprueba que no tiene heridas de consideración y les agradece que le hayan salvado la vida. Marieta parece feliz con las ceremoniosas expresiones de gratitud de Marga, que acepta ser llevada a su casa y se instala en el cuarto de Sonia —el más bonito de todos— para descansar un rato. Se queda dormida entre sábanas de franela. Agotada, pasa la noche allí. Hay liebres y ciervos desparramados por la colcha y, en un momento de la madrugada, siente que forman parte de un paisaje soñado. La fiebre ha alterado su manera de experimentar el paso del tiempo. El cambio es muy leve y muy agradable. Le parece, el tiempo, una libra de plastilina que se ajusta al molde de la habitación. Unas pocas horas febriles duran tanto como las semanas que ha pasado en la casa de cristal. En el sueño consigue dejar de escuchar los chillidos del ganso, pero, sin embargo, hay alguien que le canta una canción de cuna que suena igual de desesperada, alguien que podría ser Paula y también Melodía.

Marga se levanta temprano y encuentra a Ernesto sentado a la mesa de la cocina. Ha servido un desayuno espléndido con tostadas y mantequilla, café y fruta fresca. Estar en casa ajena le produce un

malestar más importante que la fiebre. Acepta una taza de café y finge que debe volver a la ciudad sin demora, que allí la espera alguien que cuidará de ella. Ernesto la ayuda con sus cosas y le hace prometer que regresará de visita a Soutelo cuando sea el eclipse. «Puedes instalarte en el cuarto de Sonia el tiempo que quieras», dice. Marga aplaude la propuesta de Ernesto de mantener el contacto y se compromete a visitarlos pronto. No se despide de Marieta y tampoco de Melodía con el pretexto de no despertarlas. Sabe muy bien que nunca volverá.

En el exterior de la casa observa el movimiento de las nubes con las luces del principio del día. Cuando Paula era una niña y ella una adolescente, Marga la convenció de que las nubes traían mensajes del futuro. El único lugar desde el que Ernesto no puede verla a través de sus ventanas está junto a la alambrada que cierra la jaula del ganso. El ganso duerme dentro ovillado entre hojas de papel de periódico.

Las nubes de la mañana no tienen ninguna forma reconocible. Llevada por la íntima convicción de que el futuro todavía puede escribirse, Marga busca sus alicates entre el equipaje. Con movimientos precisos, recorta el alambre hasta abrir un agujero amplio, un agujero por el que podría colarse una persona. Recoge con la mano dentro de la jaula un puñado de maíz que lanza después al aire, fuera de ella. El ganso asoma la cabeza por el agujero y vacila. Tímido y sorprendido, avanza con pasos cortos. Después corre con las alas completamente abiertas, colina abajo, por un campo de flores amarillas, como si persiguiera su destino. Y Marga piensa que tal vez ese sea uno de los días más felices de toda su vida.

Cleo y Cloe

1

Otro prácticamente igual

Traje a casa un televisor nuevo y moderno una semana después de que Rob muriera. Era un televisor inteligente, de pantalla plana y treinta y dos pulgadas, y lo encontré a la venta en la sección de grandes ofertas de la tienda de electrodomésticos. Yo iba buscando otra cosa, algo más sencillo y familiar, algo como mi viejo televisor de tubo catódico. Luego la dependienta me convenció de que los nuevos televisores son muy intuitivos y no dan ningún problema, y de que ofrecen mucha mejor calidad de imagen y ocupan mucho menos espacio. Me pareció un argumento incontestable.

Pasé mucho tiempo tratando de determinar cuál era el modelo que me convenía más; escogiendo. Seleccioné el que tenía menos botones y conexiones.

—Ese ya no nos queda —dijo la dependienta. Y fue a buscar otro prácticamente igual al almacén. Lo trajo en una caja de cartón rectangular que me recordó a un acuario. También trajo unos auriculares con supresión de ruido y no me quiso cobrar nada por ellos. A mí me produjo cierto alivio no tener que pagar por sentirme aislada del mundo exterior.

En lugar de colocarlo en una mesa en la sala de estar o en un soporte específico de pared, acomodé el televisor en la repisa de la ventana de mi dormitorio, sobre un tapete de ganchillo que mi hermana Beatriz me había regalado tiempo atrás. El aparato quedaba demasiado expuesto al sol que entraba por la ventana y, a pesar de que la luz era todavía pálida e invernal cuando lo puse ahí, intuí que con el calor sofocante del mes de agosto eso sería un problema de verdad. De cualquier forma, mientras no lo fuera, podía acostarme en mi cama a ver películas.

Ver la televisión se convirtió en uno de mis rituales favoritos. Me compré en DVD las quince temporadas de la serie *Urgencias* e hice un cálculo simple. Si dedicaba ocho horas diarias a la serie, diez horas al sueño, cuatro al trabajo y otras dos a comer y ducharme, podía vivir así durante un mes entero.

Al principio, no era capaz de recordar los nombres de los doctores protagonistas de la serie y me refería a cada uno de ellos en función de sus atributos, lo que me obligaba a compararlos continuamente y a elegir, entre las cualidades de cada uno, no solo aquellas que los diferenciaban, sino las que los oponían de manera decidida. Los llamaba, por ejemplo, «el doctor ansioso» y «el doctor flemático», o «el gordo» y «el escuálido», pero nunca «la doctora compasiva y competente» y «la doctora un poco menos compasiva —aunque igual de competente, en todo caso—». Después memoricé no solo sus nombres y apellidos, sino también el origen de cada uno de los personajes y las complejas ramificaciones de los vínculos que los relacionaban unos con otros.

Despertaba a diario imbuida de un nuevo sentido de la existencia que nunca antes había experimentado. Mientras preparaba el café del desayuno, introducía un nuevo disco con los episodios que me tocaban en el reproductor. El apartamento era un lugar ficticio, sus objetos y sus sombras formaban parte de una alucinación consciente. Pero en cuanto escuchaba la sintonía de apertura de la serie, me trasladaba al condado de Cook, en Chicago, donde me esperaba la gente del muy real hospital County General.

Aunque me intrigaban, por supuesto, los casos médicos y las embrolladas vidas de los protagonistas, lo que me seducía de verdad era el efecto que producía en mí su compañía permanente. Convivía con todos ellos, aunque no los quería por igual. Suspiraba con sopor en cada una de las apariciones del doctor Mark Greene, jefe de residentes primero y uno de los doctores veteranos después. Me parecía bobo y afectado. Le atribuía el mérito de no exhibir un asomo de sentido del humor a lo largo de los ciento ochenta y un episodios en los que salía, antes de que lo matara en la octava temporada un tumor cerebral. Era el hombre sensato, el vecino

digno de confianza, el yerno ideal y el amigo de todos. El aburrido aburrido aburrido Mark Greene.

Sin demasiado esfuerzo, con el paso de los días perdí el interés por cualquiera de las actividades con las que ocupaba el tiempo antes de que Rob muriera, para sustituirlas por el visionado de los episodios de *Urgencias*. La Navidad llegó en la mitad de la temporada nueve, precisamente poco después de la muerte de Greene. A pesar de la insistencia de mi hermana para que la pasase con ella y con Ada, la única celebración que me permití fue reservar el episodio décimo —un especial titulado «En casa por Navidad»— para la noche del 24 de diciembre. El televisor no me parecía una pantalla, sino una ventana. Preparé una lasaña precocinada en el horno y pasé la velada del otro lado. Cuando el episodio terminó, acomodada entre cojines, me quedé dormida presa de una fascinación tranquila y cautivadora, empachada de sueño e invención, y con la sensación de experimentar una especie de trance.

Cumplía escrupulosamente con las ocho horas de *Urgencias*, lo que quiere decir que no me excedía, pero sentía un vacío profundo cuando el televisor no estaba encendido, así que empecé a incluir en mi dieta otros programas. Como no quería traicionarme, escogía programas cortos e imaginaba que los veía en la sala de espera del hospital, afectada por cualquier dolencia poco molesta, justo antes de que me atendiesen. Descartaba la ficción estricta, y tenía preferencia por el formato de la telerrealidad, en concreto por un programa que documentaba la vida de las personas más ahorradoras de Estados Unidos y por otro sobre familias que construían refugios en los sótanos de sus casas para protegerse de una catástrofe. Por lo general, las catástrofes del segundo programa eran improbables y los protagonistas del primero eran gente que había decidido vivir de manera mezquina y excéntrica y que no tenía verdaderos problemas de dinero. Estaba segura de que eso era así porque a alguien le había parecido excesivo hacer un programa sobre el ingenio de los auténticos pobres para sobrevivir.

Con frecuencia, durante las horas que tenía que dedicar a mi trabajo, también buscaba una coartada que me mantuviera dentro de la ficción. Imaginaba que en cuanto completara mis encargos podría correr a reunirme con la doctora Susan Lewis, que se había convertido en mi personaje favorito de la serie y, por extensión, también en mi mejor amiga, para tomar unas copas después de que ella terminase su turno.

Adoraba a la doctora Lewis. Era confiable e inteligente, pero no parecía tener que esforzarse para eso, y tampoco parecía preocupada en demostrarles a los demás lo inteligente que era. Me gustaba su apartamento en Chicago, me gustaba su ropa, siempre estaba de acuerdo con ella, nunca me aburría de verla y nada deseaba más que su bien.

Por eso odiaba a su hermana Cloe. Desde luego que me compadecí por los problemas de Cloe con las drogas y con el dinero, pero después de que ella apareciera y desapareciera una y otra vez en la vida de Susan, después de que ella le robara impunemente dinero en su taquilla de la sala de personal y después de que ella le mintiera una y otra vez mi paciencia se agotó.

Si Cloe aparecía en pantalla, mi furia se desataba, aunque la escena fuera trivial. Observé que la actriz se servía de un recurso muy concreto para hacer saber al espectador si el personaje estaba borracho o, por lo contrario, lúcido. Cuando Cloe no era digna de confianza, mascaba chicle al hablar —o parecía estar mascando chicle— y también abría exageradamente los ojos. La apertura de los ojos de Cloe le confería una expresión superficial, como si las sorpresas y los disgustos la atravesasen pero no pasaran por su cerebro. Esa era, también, la expresión exacta de Cleo, aunque Cleo fuera un pez y Cloe una persona. Tardé algún tiempo en darme cuenta de algo obvio: que Cloe y Cleo eran variaciones de lo mismo, una el reverso humano de la otra. La siniestra inversión de vocales de sus nombres sugería que las dos juntas formaban algo, como ocurre con esos dúos de personajes cómicos de los tebeos y de los dibujos animados —Zipi y Zape, Pixie y Dixie— que se alternan para hacer travesuras.

A pesar de que el protagonismo de Cloe decayese a partir de

la tercera temporada de *Urgencias*, recordar a Cloe no me permitía olvidar la maldad de Cleo y eso ponía en cuestión la placidez de aquellos días. No estaba preparada para defenderme. El descubrimiento abrió una fisura en mis visionados sistemáticos y, lo que en principio era un leve malestar, pronto se convirtió en algo que no podía eludir.

Mi único deseo era que Cleo enfermara. El deseo de venganza excluye cualquier otra voluntad, no deja sitio a ninguna emoción simultánea. Pensaba que ella merecía sufrir alguna consecuencia después de lo que había hecho, y que debía existir cierta clase de justicia para cierta clase de actos, la clase de justicia capaz de conservar el orden natural del mundo, la belleza y la armonía de sus objetos y el ritmo interno de los seres vivos. Por supuesto, nunca enfermó.

Sentía un profundo rencor por eso, pero también era cobarde. Continuaba alimentándola, a pesar de que no tenía la seguridad de estar haciendo lo correcto. Cleo había tardado algún tiempo en recuperar su tamaño habitual después del incidente de la desaparición de Rob, y sus movimientos disminuyeron en general, tanto en cantidad como en amplitud, aunque procuraba no mirarla demasiado porque hacerlo me causaba espanto. No sentí nunca enfado o tristeza, era más bien un agujero interior, algunas veces lleno de vergüenza, otras lleno de asco. Como único acto de protesta trasladé el acuario al cuarto de baño, de forma que ella permaneciese la mayor parte del tiempo a oscuras. No la cuidaba con amor, y tenía la convicción de que notaba la diferencia.

Con la muerte de Rob había perdido todas mis hermosas rutinas y nada podía repararlas. Nada en absoluto. Ni siquiera la llegada de un nuevo y moderno televisor. Una mañana, mientras trataba de abrir la ventana para ventilar mi habitación, no sé si por un exceso de nerviosismo o por falta de prevención, el televisor resbaló de la repisa. Lo sujeté a tiempo, pero mis reflejos solo sirvieron para mitigar un poco el golpe contra el suelo. La pantalla colisionó lateralmente con el radiador y en el cristal se quedó el rastro de un

leve impacto, como si hubiese recibido un pequeñísimo, casi imperceptible, disparo. En cuanto lo volví a conectar, comprobé que funcionaba bien. No obstante, aquello fue una advertencia definitiva para mí. Decidí que no podía continuar con los visionados de *Urgencias* y guardé todos los DVD en el altillo del armario. Después llevé el televisor a la sala de estar, un sitio mucho más racional que la repisa de mi cuarto, donde nunca debí colocarlo.

Si durante un tiempo había logrado convertir mi apartamento en un refugio perfecto en el que resguardarme de la crueldad, en cuanto abandoné la serie se hizo evidente que mi espacio seguro se había desbaratado. A pesar de todo, seguía buscando consuelo en algunos programas. Los informativos eran lo único que mitigaba la profunda compasión que sentía por mí misma. De alguna manera resultaba reconfortante observar las grandes desgracias que le sucedían a otra gente. El hambre, la guerra o la devastación del Amazonas parecían problemas más elevados que el mío, y me sentía agradecida de no padecer ninguno de ellos, pero el alivio era solo momentáneo y la melancolía regresaba después con más fuerza.

Un día vi a Paula en el anuncio que informaba de la emisión del primer episodio de «Tu gran sueño». La habían vestido con un traje amarillo de dos piezas, en contraste con el traje azul que llevaba un hombre calvo y mucho mayor que ella, su contrincante. El hombre calvo y mayor respondía correctamente seis o siete preguntas de cultura general antes de recibir un gran aplauso del público. El corte de vídeo que habían seleccionado para Paula era más corto y lo habían acompañado de una música burlona. Ella aparecía dentro de una piscina de pelotas de plástico, que debía romper con un punzón que sujetaba con la boca. Las pelotas llevaban dentro líquidos diversos. Miel, zumo de limón, agua con jabón. Paula tenía algunos problemas para superar el reto.

Al ver que el anuncio del concurso anticipaba su fracaso, supuse que era un truco publicitario y que había salido victoriosa. Me preocupó estar en lo cierto y que eso significase que Paula no iba a volver a casa. Cuando ella se marchó, yo había comprendido

que tarde o temprano necesitaría otra inquilina o un trabajo suplementario para sobrevivir a medio plazo, aunque en aquel momento no era un asunto urgente, justo después de eso mi padre murió y luego fue cuando traje a Cleo y Rob, que habían disipado con eficacia cualquier preocupación.

Diría que estuve a punto de enfermar de melancolía, de nostalgia y de resignación, pero me di cuenta de que no tenía dinero suficiente para todo eso. Cuando la tentación de la autocompasión reaparecía, pensaba en el dinero que no tenía y el enfado sepultaba la languidez anterior. Para aliviar ese enfado, calculaba cuánto podrían darnos a mi hermana y a mí por la venta de la casa de Soutelo. Entonces me sentía abochornada, porque la avaricia era impropia de mí —tampoco tenía dinero suficiente para eso— y me contrariaba no ser capaz de encontrar algún pretexto para culpar a Cleo de mi situación.

2

Tú no estás destinada a tener un gato

Todo lo que me había ocurrido formaba parte de los escombros de un edificio alto —mi existencia— derribado de un momento a otro por un terremoto y sus réplicas. Sentada sobre el tejado, que siempre es lo último en caer, observaba las ruinas debajo de él y recogía sin pretenderlo restos de distintas conversaciones, de distintos días y de distintos tamaños. En circunstancias inoportunas, los sucesos que rodeaban la muerte de mi padre empezaron a aparecer en mi cabeza sin avisar, y nunca en el orden en que se habían producido, sino mezclados con otras ideas que no deberían estar ahí. A los objetos de aquel desorden mental les atribuía siempre un sentido metafórico, una poesía pretenciosa y sentimental con la que esponjaba el relato de mi desgracia y de los hechos que la habían precedido.

Mi padre se había despertado con un ruido el día antes de morir. Aunque aquel ruido fuese un detalle insignificante, yo lo recordaba a todas horas, como si se tratase de un acontecimiento fundamental. Le pareció escuchar cómo nevaba fuera, aunque en Soutelo nunca nieva. No llamó a mi hermana y tampoco a Ada, que dormían en el cuarto de al lado porque a mi hermana no le gustaba pasar los fines de semana sola. Se puso un impermeable, una bufanda y un jersey de punto sintético que yo le había comprado —solo sabía hacerle regalos prácticos—, salió por su propio pie al jardín y, desde allí, vio un velo blanco de rocío perlado sobre la tierra en la finca de atrás, la que separa la casa de los vecinos de la suya. Como no hacía frío suficiente, enseguida comprendió que el ruido no podía tener nada que ver con la nieve, así que se acostó en una hamaca atada a las dos ramas gruesas de una higuera

estéril, se cubrió las piernas con la bufanda y durmió un poco más.

A mi padre le gustaba dormir al raso, sin importar el tiempo que hiciese. A mi padre le gustaban pocas cosas, y la única rara era esa. A mediodía mi hermana preparó mejillones con limón y ensalada de tomate y después de comer decidieron ir a sembrar las nabizas durante toda la tarde mientras Ada montaba en bicicleta. Como él estaba cansado, en realidad fue mi hermana quien pasó el rastrillo por la tierra y echó la semilla, mientras él la miraba sentado en una silla plegable de playa y pensaba en el tiempo de recoger la verdura, que llegaría después de que le cambiasen la pila al marcapasos que llevaba adherido a su corazón defectuoso, en una pequeña intervención sin importancia algunos días más tarde.

Suponía que la hamaca no permanecería ya amarrada a la higuera, porque era imposible. Estaría —tal vez— parcialmente desprendida de las ramas por el viento. Suponía también que la finca de atrás habría florecido, y que podría encontrarla toda amarilla, como si alguien hubiese depositado sobre ella un tesoro soleado e inacabable. Recordaba a mi padre muchos años atrás, mirando las mismas flores amarillas que yo vería en caso de ir a Soutelo y lamentándose o maldiciendo, porque cuando las nabizas florecen ya no pueden aprovecharse para comer y en ese momento sus flores solo significaban para él que se le había pasado el tiempo de recoger la verdura. Me parecía injusto que siguieran brotando las cosas de la tierra si mi padre ya no vivía para la cosecha, como si la salud de mi padre estuviese entrelazada con la relevancia de su permanencia en el mundo. Me alegré de no haber ido a Soutelo y de que todo eso fuera, al fin y al cabo, una suposición.

Mi padre no había tenido frío fuera ni aquella mañana cuando despertó con un ruido ni aquella tarde cuando mi hermana sembró, porque el impermeable y el jersey eran buenos. Eso fue todo lo que me contó por teléfono la última vez que hablé con él: que se notaba que el jersey y el impermeable eran buenos y que había estado caliente y también contento; que había dormido al raso, que

había sembrado las nabizas; que había comido mejillones; que le había parecido sentir la nieve cuando se despertó, pero que al final no era la nieve. «Qué pena», había dicho yo. Sin embargo, él no parecía apenado, y yo había entendido que no conviene confundir la tristeza con la desilusión o con el deseo de otra cosa.

Desear la nieve resulta encantador. El deseo de nieve es puro deseo, ilusión pura. Quien nunca ha visto la nieve no piensa en la suciedad, en los accidentes, en la muerte de los pequeños seres vivos que no la pueden predecir, en la pérdida de las cosechas. Quien recuerda bien la nieve no la desea, solo la espera. Quien no la puede recordar presiente que será hermosa y se encapricha. El deseo auténtico tiene que ver con la imaginación, con la memoria nunca. Y la memoria, a diferencia del sueño, devora la vida y enferma. Por eso empecé a despertarme cada vez más tarde y a acostarme antes cada vez.

El apartamento me parecía un lugar hostil. Salía a la calle para deambular entre la gente, para buscar abrigo en la mirada de los otros. Sin embargo, como eran semanas lluviosas, no encontraba consuelo o reparación en aquellos paseos. Los viandantes caminaban mirando al suelo y arrimados a las cornisas, empujando sutilmente a cualquiera que se les cruzase hacia las partes más expuestas de la acera. Había llegado a un punto ciego en un ridículo laberinto de sucesos. De vez en cuando recibía mensajes de Guppy interesándose por Rob, pero no era capaz de decirle que Rob ya no estaba vivo. Prefería conservarlo intacto en la imaginación de Guppy, a quien consideraba mi único amigo. No sabía cómo salir del enredo y tampoco cómo reanudar la marcha en dirección contraria. Mi ánimo oscilaba entre la perplejidad y la desesperación. El mundo era un lugar vacío y sin significado.

Un día, particularmente abatida, pensé en contárselo todo a Beatriz. Beatriz había determinado hasta ese momento el rumbo práctico de nuestras vidas. Cuando éramos niñas y jugábamos juntas, ella con frecuencia dirigía el juego porque era mayor que yo. Si por ejemplo ese juego consistía en que yo era una gata y ella

una señora, y mi hermana preguntaba «¿Quieres comer, gata?» y yo respondía «Sí, quiero», mi hermana retrucaba, pongo por caso, «No digas sí quiero, di miau» y entonces yo repetía, obediente, «Miau», aunque ya estuviera aburrida de jugar a ser gata y cayera en la cuenta, además, de que a mi hermana lo que le gustaba era darme órdenes. Pero si las dos teníamos el humor propicio, los juegos también podían ser divertidos, porque Beatriz siempre ha sido perseverante e imaginativa y está realmente dotada para disponerlo todo.

Es un talento raro y conveniente para quien vive rodeada de personas que no están preparadas en absoluto para afrontar los asuntos más triviales y tomar decisiones al respecto. De una forma o de otra siempre era Beatriz la que hacía algo capaz de conducirme al siguiente escenario, fuera cual fuera el anterior. Y yo la quería por eso. Me senté junto al teléfono planeando lo que le diría antes de llamar, enroscando el cable entre los dedos. Solo después de reunir la energía para hacerlo, solo después de ensayar las palabras que me parecían precisas, marqué su número. Pero Beatriz no estaba en casa, y entonces me senté en la cama del cuarto vacío de Paula y lloré abrazada a su traje de conejito durante media hora.

Algunos días más tarde mi hermana me visitó, como cada jueves, después de recoger a Ada en el curso de natación. Me dijo que había decidido ir por su cuenta a la casa de Soutelo en vez de esperar a que yo fuese, que pasaría allí algún tiempo y que se encargaría de todo. Sentí un agradecimiento inexpresable.

Ada asistía a nuestra conversación con indiferencia fingida. Conocía bien a Ada, mejor de lo que la mayor parte de los adultos conocen a la mayor parte de los niños. Su actitud, cuando estaba tramando algo, era aparentemente ausente, como si las cosas importantes de la vida no debiesen distraerla de vivir.

—Quiero a Cleo —dijo.

Siempre había pensado que Cleo y Rob no le interesaban. Los observaba con desconfianza y desde cierta distancia, era raro que me preguntase por ellos; algunas veces hacía gestos de repulsión delante del florero, aunque estuviera limpio, y en una ocasión la

había encontrado a punto de meter el dedo dentro de él —no sé para qué—, pero lo había pensado mejor y se había retirado.

A pesar de todo, sin intervención por mi parte, Beatriz y Ada determinaron la marcha de Cleo. Cuando encendí la luz del cuarto de baño, donde estaba el acuario, había en la mirada de Cleo una expresión en la que sería posible vislumbrar temor, si no fuese porque esa es siempre la expresión que tiene un pez cualquiera. Llené una fiambrera alta con un poco de agua y después introduje la mano entera dentro del florero para capturarla. Nunca antes había tocado su cuerpo viscoso y frío con mi propia piel. Sentía por ella una reprobación profunda, pero abandonarla no resultó inocuo para mí. Era lo único que me quedaba de Rob.

Se me ocurrió que podía ser una oportunidad para adoptar un gato. Al fin y al cabo siempre había querido la compañía de un corazón caliente, de un pelaje suave. Se lo dije a Beatriz, que me observó como si yo estuviese proponiendo sustituir a Ada, y no a Cleo, por un gato.

—Verás, tú no estás destinada a tener un gato —explicó—. Tu don es otro. Desde luego una no puede decidir cuál es su don. Es un designio. Una no tiene derecho a quejarse por un designio. Las estrellas conceden, una acepta.

A mí siempre me había molestado el interés de Beatriz por la astrología, que consideraba no solo grotesco sino también irritante, pero no quería entrometerme o decir nada desconsiderado en aquella circunstancia. Tomó mis manos y cerró los ojos como si estuviera meditando sobre algo trascendente o examinando mis pensamientos.

—Una no tiene derecho tampoco a quejarse del porvenir. Una simplemente agradece su don —repitió.

No me parecía que un gato fuera un don, pero dije que lo comprendía.

—Otro día tu don puede ser otro. El destino cambia rápido.

Yo no creía en esas cosas. Me refiero al destino y al porvenir. Por lo menos no antes de conocer a Rob. Además era difícil asumir que el destino fuese algo variable y provisional.

Ada había traído un juego de petanca, con bolas de plástico

llenas de agua, bastante pesadas, y quiso jugar conmigo antes de marcharse. Dejé que me explicase el juego y que desplegara toda su habilidad sobre la alfombra de la sala de estar. Le pidió a mi hermana que lanzase la primera bola y Beatriz lo hizo con suavidad. Cayó en una esquina de la alfombra, bastante cerca del televisor. Después Ada lanzó otra para aproximarla a esa primera. La tercera la lancé yo. Chocó contra la pantalla, que estalló definitivamente en pequeños fragmentos. Las tres bolas de petanca formaron en el suelo una línea recta perfecta, como si fueran migas de pan mostrando el camino de vuelta a casa.

3

Una perspectiva del mundo

Beatriz y Ada no se llevaron el acuario grande, ni tampoco los juguetes que un día habían sido de Cleo y Rob. Todos los objetos que había acumulado para su cuidado me recordaban a diario que yo ya no tenía un pez, así que volví a escribirle a Guppy para ofrecerle aquellas cosas. No pareció conmovido por el destino de Rob. La muerte de Rob, para Guppy, era un percance táctico, como si un acuario con peces vivos fuese algo parecido a un videojuego con avatares de ficción donde alguien pone a prueba su destreza o sus cualidades como estratega. Aceptó de buen grado mi acuario, que tenía un oxigenador automático de agua y estaba casi sin estrenar.

Guppy vivía en la otra parte de la ciudad, cerca de la tienda de animales, pero no me importó caminar hasta allí. Comprendí en el paseo que llevaba demasiado tiempo sin abandonar mi calle. La ciudad me desagradó, no por la temperatura fresca de las noches del principio del invierno, sino porque el tiempo del paseo, y tal vez también la observación del mundo exterior, desplazaba levemente mi preocupación a otro lugar. Cada farola centelleante, cada mujer regresando a casa, cada vehículo detenido delante de un semáforo me ofrecía una perspectiva del mundo que cuestionaba las proporciones del acuario donde una vez habían estado Cleo y Rob. A lo mejor por eso cuando Guppy abrió la puerta del bajo donde vivía y me invitó a pasar no tuve miedo en absoluto de entrar en la casa de un desconocido y sentí, por el contrario, que estaba por fin junto a alguien que me comprendía.

Guppy era un hombre de baja estatura, con la cabeza pequeña y los hombros anchos, de proporciones raras, o sutilmente raras,

que yo no había advertido en el vídeo donde lo había visto por primera vez. Me recibió como si fuera una visita normal, mostrándome todas las habitaciones de la casa. La más grande era la de los acuarios, colocados sobre aparadores de madera, todos diferentes unos de otros, como si hubiesen sido comprados en un mercadillo en distintas épocas. Luego había otra con una cama individual, una librería vieja con novelas y libros de historia, casi todos sobre la Segunda Guerra Mundial, y una mesa con varias pantallas de ordenador. Guppy guardaba por lo menos veinte paquetes de galletas estilo *cracker* en una caja de cartón y me explicó que eran prácticamente las únicas que podía comer porque tenía una alergia mortal al huevo. A continuación, me informó de los muchos productos que contienen huevo y de los escasos que no. Lo imaginé tumbado en la cama, comiendo entero un paquete de galletas estilo *cracker* mientras leía sobre las barbaries de Auschwitz.

En el suelo tenía varias torres de ordenador conectadas entre ellas que emitían luces intermitentes, igual que los rascacielos colocados en línea en la avenida principal de una metrópolis. Hacían un ruido espantoso, sordo y permanente. También era sordo y permanente el ruido del cuarto de los acuarios, con termostatos y máquinas para depurar el agua, pero los dos ruidos no se parecían, aunque ninguno de ellos era un ruido alegre. Guppy me ofreció algo de beber de una neverita portátil que había sobre la mesa de las pantallas de ordenador y acepté un refresco en lata. Le pregunté, mientras él buscaba un vaso limpio, a qué se dedicaba.

—Esto no es mi trabajo —dijo haciendo el gesto de mirar alrededor con la cabeza.

—¿Para qué sirven? —Señalé los ordenadores.

—Para hacer descargas en internet —respondió desconfiado, como si fuera algo obvio.

Luego relató cómo en su adolescencia se había dado cuenta de que a través de su ordenador de mesa tenía acceso a cualquiera de las cosas que lo hacían feliz: dibujos animados que habían dejado de emitirse décadas atrás, los sonidos de un bosque de Finlandia,

mapas detallados de un planeta de ficción, manuales sobre el cuidado de cualquier pez que fuera posible criar en cautividad. Al principio aquello había sido una explosión de rutilante alegría. Había aprendido idiomas. Había desarrollado nuevas aficiones. Había prescindido de cualquier contacto humano presencial —todos, hasta ese momento, habían sido contactos hirientes para él.

Pasados algunos años, había comenzado a sufrir una pesadilla recurrente en la que todo eso desaparecía, y esa pesadilla se había convertido con el tiempo en el temor acuciante y real a que de verdad aquellas cosas que no podía tocar se evaporasen por cualquier razón que tampoco podía imaginar. Había comprado un disco duro, el disco duro de más capacidad que existía —muy poco después ese disco duro tenía la mitad de la capacidad que el disco duro de mayor capacidad que por entonces existía—, para descargar y conservar todo cuanto merecía la pena en este mundo. Anotaba en un cuaderno cada serie de televisión, cada canción, cada enciclopedia. Inicialmente se limitaba solo a lo que le gustaba, pero más tarde empezó también a guardar lo que pensaba que en el futuro le podría gustar o aquello que consideraba de valor. Era un hombre con una misión.

—Quiero guardarlo todo —explicó.

El proyecto de Guppy era ambicioso y también brutalmente honrado, un combate exigente contra el tiempo. Desconfiaba de la permanencia de las cosas, de la duración de la alegría. El temor de Guppy se parecía a cualquier otro miedo radical, como el miedo a la muerte, si es que no era con exactitud ese temor.

Me invitó a examinar sus cuadernos en la búsqueda de algo que me interesara llevarme. Las anotaciones de Guppy eran pulcras y ordenadas. Si se había confundido en un título o en la manera correcta de escribir un apellido extranjero, atravesaba con una línea fina la palabra completa y la volvía a escribir por entero a continuación, como si ocultar el error o ensuciar la página con líquido corrector fueran actos deshonestos.

Salí de su casa convencida de que dejaba algo importante atrás, no solo mi acuario y los juguetes de Cleo y Rob. De vuelta en mi apartamento, antes de dormir, encendí mi ordenador y

descargué una imagen en altísima resolución de un sofisticado mosaico bizantino. Luego abrí la imagen y amplié la pantalla para contemplar cada grieta y cada fisura en el esmaltado de una de las teselas que daban forma al iris de un ojo negro.

Mi ánimo mejoró. Durante los días que pasó en Soutelo, Beatriz telefoneaba cada noche para preguntarme cómo estaba. Yo siempre respondía con detalles prácticos. Lo que había comido, el tiempo que había dormido y el número de horas que había tenido que poner la calefacción. Mi hermana me hablaba de la casa de Soutelo, de los trabajos del día, del estado de conservación del tejado. También de los objetos de mi padre que había guardado en cajas. Por ejemplo una maleta, un Trivial Pursuit, dos pares de zapatos de hombre intactos. Mi padre solía decir que cualquiera que tuviese un buen par de zapatos y un buen abrigo podía considerarse una persona feliz, o más feliz que otras (añadía siempre).

Me pareció que mi hermana estaba rindiéndole una especie de tributo a la casa y a las pertenencias de mi padre porque se avergonzaba de la futura venta. Si hay algo que determina la forma que mi hermana y yo tenemos de vivir es la vergüenza.

La casa de Soutelo

1

Algo espantoso

Pati y Beatriz están en la cocina de la casa de Soutelo. Pati arregla el cierre de una ventana. Tiene en la mano derecha un bote cilíndrico con una cánula fina de la que sale un líquido viscoso. Lo aplica con cuidado en el encuentro entre las bisagras y el marco, y a ese marco le llama «comisura», que es una palabra que Beatriz solo había escuchado antes para referirse a los márgenes de un ojo y, más frecuentemente, de una boca.

Beatriz está sentada en una silla ancha junto a la mesa, pasando los dedos sobre la piel de un limón con el mismo gesto de acariciar la cabeza de un gato. Le cuenta a Pati que hace ya muchos años su padre —el padre de Beatriz—mandó poner madera en el vestíbulo y en los corredores de esa casa. Habla como si estuviera sola, como si no la mirase nadie.

Beatriz todavía recuerda bien los azulejos hidráulicos anteriores al parqué, con estrellas de cinco puntas de color turquesa agrupadas en forma de triángulo. Y los recuerda porque, después de que los quitasen de su sitio de cualquier modo, se rompieron en añicos y fueron amontonados en el jardín. Ella tenía nueve años, tal vez algo menos, así que convertía los fragmentos de cerámica en fichas de tres en raya, en monedas de mentira, en piezas de construcción con las que levantaba puentes sobre ríos imaginarios escarbados en la tierra o casas a ambos lados de un camino trazado con los dedos, verdaderas barriadas llenas de posibilidades en las que colocaba luego animalitos de plástico y otros muñecos de distintos tamaños, sin respetar ningún orden y ninguna proporción.

Beatriz pasaba las horas más bonitas del verano en ciudades

monstruosas. A cada trozo de baldosa le dedicaba un enunciado simple: «esto era un coche», «esto, una catedral», y era suficiente con decirlo para que realmente lo fuesen. No había más límite que la extensión del jardín y la duración de las tardes, que en agosto parecen siempre elásticas. Cuando se marchaba el sol, en el momento de la cena, las civilizaciones de Beatriz eran apartadas a un lado y los adultos de la casa tomaban el territorio. El sábado preparaban barbacoas humeantes, recibían amigos, cantaban muy alegres himnos revolucionarios y boleros de amor, o celebraban algo. Un día normal conversaban tranquilos y comían lo que había sobrado del almuerzo, pero en cualquier caso los restos de aquel mundo inviable desaparecían siempre con la oscuridad.

Beatriz llegó a Soutelo la semana posterior a Año Nuevo porque no le quedó otro remedio. La casa de su padre necesita reparaciones antes de ponerla en venta. Beatriz tiene una hija, un trabajo y otras ocupaciones, así que no es ella quien debería estar allí, ocupándose, sino su hermana, que nunca se ocupa. Beatriz considera que su hermana es egoísta y ensimismada, pero no se lo dice. La hermana de Beatriz ni siquiera se ofreció a quedarse algunos días con Ada mientras ella estaba en Soutelo, de manera que tuvo que llevarse a la niña allí. Le compró un libro de colorear para que se entretuviera. La niña trajo también el asqueroso pez naranja que antes era de su hermana en una cubeta rectangular de plástico. Beatriz está segura de que su hermana quería desprenderse de él y de que en un momento dado convenció a su sobrina para que se lo llevase. La niña no le hace mucho caso, y por supuesto es algo más de lo que Beatriz tiene que ocuparse.

Antes de llegar hizo algunas llamadas y una pequeña previsión sobre el tiempo que iba a pasar en Soutelo. Dos días para recoger las cosas de su padre, cuatro para que pinten la casa, uno más para arreglar otros desperfectos menores y el resto para contratar una agencia inmobiliaria que haga la tasación de la vivienda, tome algunas fotografías y se encargue después de la venta. El tercer día sus planes se desbarataron en parte y tuvo que

llamar a Pati para que reparase la ventana de la cocina, que filtra agua. Pero finalmente encontró agradable poder hablar con una desconocida. Está acostumbrada a que nadie, ni siquiera su hija Ada, escuche lo que tiene que decir.

A Beatriz le gusta mentir. No es que no pueda evitar mentir, sino que de verdad le gusta. Miente habitualmente. Algunas veces altera con levedad un recuerdo real y ofrece una versión nunca más conveniente de los hechos pero sí un tanto más pintoresca o más agradable de contar. Otras veces desarrolla completas invenciones que ella considera dentro del ámbito de lo posible. Por ejemplo es posible que su hija Ada estuviese a punto de morir ahogada en la playa cuando era un bebé y que se salvase gracias a la veloz intervención de un turista italiano que luego resultó ser un eminente médico pediatra. Eso no ha ocurrido, pero pudo haber ocurrido. No hace daño a nadie, ni siquiera a Ada, que de cualquier manera no podría recordar esa historia si esa historia fuese cierta.

No le ha mentido a Pati sobre el jardín, pero sí respecto a la soledad de su familia —nunca hubo amigos en el jardín de la casa, nunca nadie cantó ninguna canción—. Tampoco le mintió sobre los fragmentos de cerámica o sobre el juego, sí sobre el limonero de la huerta. Mientras acariciaba uno de sus limones sobre la mesa de la cocina, le explicó que aquel limonero daba frutos todo el año, que era especial y diferente a otros, que los limones de su infancia eran tan abundantes que no sabían qué hacer con el exceso. También le mintió sobre su hermana. Le dijo que tenía un trabajo muy exigente, que su jefe era un auténtico tirano, que no podía, ni de broma, abandonar la oficina para acercarse a la casa de Soutelo. Beatriz detesta a su hermana, pero le dice a Pati que, más que hermanas, son amigas íntimas, y que tienen mucha suerte de poder contar una con la otra. Es una mentira viscosa porque además de ser una mentira es un deseo.

Pati no sabe demasiado sobre Beatriz y sobre su hermana, o por lo menos nada que Beatriz no pueda contradecir. Al fin y al

cabo, hace muchos años que las dos se marcharon a la ciudad y, de las dos, solo Beatriz visitaba con cierta frecuencia a su padre, algunos fines de semana, sobre todo en el último tiempo. Su hermana estuvo en Soutelo para el entierro. Era probablemente la hija predilecta —explica Beatriz—. Estaba devastada, lloró durante horas —miente—. Es posible que Pati contraste después el relato de Beatriz, pero entonces ya no estarán frente a frente.

Cuando Beatriz va a contar una mentira, lo primero que nota es un impulso, que tiene la forma de un hormigueo súbito aunque discreto. Apenas reflexiona sobre esa primera emoción, se lanza a ella con ansiedad. Le confiesa a Pati que la verdadera razón por la que está en Soutelo es que necesita resolver un delicado asunto de familia. No aclara cuál, pero lo dice como si no hubiera nada más trascendente para ella, y después espera la reacción de Pati.

Es la primera vez que habla de ello con alguien, le dice a Pati. Imagina que Pati debe de sentirse, por supuesto, muy especial, porque ese es el objetivo fundamental de todas sus mentiras.

Hay una voz en la cabeza de Beatriz que lo narra *todo*, que lo relata *todo*; *todo* lo que le ocurre y, especialmente, *todo* lo que no. El relato se forma completo en su imaginación, igual que una cascada que se abre. El primer tipo de mentira, la mentira de los limones y de las amistades de su familia, es incidental. Este segundo tipo es más bien como un sueño.

Una mujer regresa a casa de su padre, muerto poco tiempo antes, para resolver un delicado asunto de familia. Allí conoce *obscuros* secretos familiares, revelaciones sobre su estirpe y engaños que evidencian que nadie ha amado nunca a nadie. Encuentra escondidos en cajas y cajones algunos objetos que desconocía o pensaba extraviados, todos ellos obstinadamente simbólicos y muy útiles para construir un relato memorialístico: una caja de música de manivela, un reloj detenido en una hora exacta, un vestido de novia, una postal, una carta o un diario, y una vieja fotografía rota o descolorida. En pocos días será consciente de flagrantes y dolorosas incongruencias en el relato de su propia infancia que confirman su primera sospecha y a las que tratará de dar explicación. Gracias a sus conversaciones inopinadas

con los vecinos de la zona recopilará algunas certezas, todas fundamentales, y descubrirá algo que su padre hizo en otro tiempo, o que su padre permitió que alguien hiciese. Algo espantoso.

Eso es lo que Beatriz desea que le pase. Desea que le pase algo espantoso. No obstante, cuando Beatriz le dice a Pati que tiene un delicado asunto familiar que resolver, Pati no piensa en la mujer que regresa a casa, no imagina ningún misterio. Piensa en Beatriz como la mujer que debe supervisar cómo cambian la bisagra de la puerta principal, cómo desatascan el desagüe del cuarto de baño y cómo retiran el papel pintado de la sala de estar. Piensa en Beatriz como en la hija que acaba de enterrar a su padre, que murió de viejo, como en la hermana generosa y en la madre abnegada de Ada. Le muestra una compasión previsible, y Beatriz siente un odio muy profundo, un odio distinto al que cobija cada vez que se acuerda de su hermana o la visita, porque no es un odio encolerizado, sino una íntima frustración.

Beatriz, de niña, si sentía odio, odio por cualquier razón, tenía un truco especial para consolarse: en la pared de su dormitorio en la casa de Soutelo, siempre detrás de la puerta, buscaba una burbuja en la pintura estucada. En esa burbuja hacía una incisión con la punta de un bolígrafo y después metía las uñas para rascar pedazos de costra. Cerraba los ojos para no ver el desastre y se dejaba llevar. Mientras, pensaba en esa compañerita de la escuela que había mirado con suficiencia el lazo deshilachado con el que ella llevaba atado el pelo, o en su hermana menor, que era tan especial. Al terminar le quedaba una blancura culpable en la punta de los dedos y un cierto sosiego en el corazón.

Antes de marcharse, Pati le cuenta que en la casa de cristal que hay en el bosque una escultora muy importante ha pasado algunas semanas del mes anterior. Pudo conocerla bien porque era la encargada de limpiar la casa de cristal los viernes por la tarde. ¿No es extraordinario, desde cualquier punto de vista, que una muy importante escultora haya pasado el otoño en Soutelo? Casi tanto como el eclipse, por lo menos en la opinión de Pati. Frecuentar a una escultora importante —famosa, dice Pati— es casi la única cosa interesante que le ha ocurrido en los últimos tiempos,

casi la única cosa que puede compararse a las fascinantes y delicadas anécdotas con las que Beatriz va dando forma al ovillo de su conversación. Eso y el incidente del ganso.

Lo encontró hace un mes, picoteando los costales de maíz en el cobertizo de atrás de su casa, donde almacena los productos que vende en la tienda de ultramarinos —que ella llama muy orgullosamente supermercado—. Pati vive en Soutelo desde hace veinte años. Antes, ese supermercado era una taberna —que es como lo siguen llamando la mayor parte de los vecinos y, sobre todo, como lo llamó Ernesto el día que pasó por allí en la búsqueda del ganso que había perdido—. Y Pati, que nunca le había hecho daño a nadie, no quiso devolvérselo. Se llevó el ganso por la noche hasta un alpendre cerrado que tiene al otro lado de la aldea, cerca de la carretera general, y lo metió en el gallinero. Ahora no sabe qué va a ser de él. Aunque tiene la tentación de hacerlo, no es algo que pueda contarle a Beatriz.

Beatriz tampoco le ha hecho nunca nada malo a nadie. Y por eso piensa que debe ser considerada una persona extraordinaria. Además de ser mentirosa, Beatriz tiene un particular sentido de la justicia. Cree que debe existir una correlación entre el número de faltas que una persona comete y el reconocimiento o la consideración que una persona recibe. A lo mejor ella no es extraordinaria a la manera de la escultora pero desde luego sí sería tan extraordinaria como su hermana o como Ada si no tuviera que ocuparse, con tanta frecuencia, de que ellas dos no se extravíen, en el caso de Ada en un sentido literal.

Los días que pasan en Soutelo, Beatriz deja que su hija salga a pasear en bicicleta alrededor de la casa a pesar de que es demasiado pequeña para salir sola, tan pequeña que una de las tardes su vecino Ernesto trae a la niña de vuelta porque piensa que se ha perdido. Beatriz, por supuesto, previene a Ada de cualquier peligro imaginable cada vez que Ada sale. Cuando le dice a Ada que tenga cuidado con la carretera, que no atraviese las vías del tren, que no se pare con nadie, Beatriz no puede evitar que la devore la idea de que a Ada puede ocurrirle algo espantoso, pero nada le ocurre. Cuando Ada regresa y relata, por ejemplo, que ha

encontrado un nido con huevos azul turquesa, Beatriz se dice a sí misma que no hay ningún motivo para preocuparse, porque a Ada no le ha pasado nada. Afortunadamente, en principio.

2

Los grillos en realidad tampoco cantan

A medida que la vacía, la casa se vuelve más extraña para Beatriz. Percibe los pequeños cambios que su padre y el tiempo han ido haciendo en ella. Un trozo de cinta adhesiva atravesando el espejo del dormitorio, que en un momento dado ha debido de romperse; las marcas del sol en las paredes, detrás de los muebles que la agencia inmobiliaria le aconseja retirar; un pedazo plano de madera colocado debajo de la pata de la mesa de la cocina.

Beatriz encuentra cerrada la puerta del sótano. Pati le ha explicado que Ernesto guarda allí algunas cajas con material de supervivencia. Y que él y su mujer quisieron convertir el sótano en un refugio para todos los vecinos porque la de Beatriz es la única casa de la aldea cuyo sótano tiene un acceso exterior. Durante varios días, la conversación con Pati, las cosas que Pati le dijo, flota en la cabeza de Beatriz como si fueran barcos. No es capaz de deshacerse de una especie de enfado a la deriva que, bien mirado, viene de lejos. Al principio no le había dado importancia, pero ahora no puede evitar convertir el asunto en un problema. Ernesto y Marieta le parecen gente aprovechada.

En realidad no es que le importe tanto el sótano, pero no puede hacer otra cosa en su situación que reclamar lo que es suyo. Con determinación, se dirige a la casa de Ernesto para recuperar la llave y exigir que retiren lo que sea que hayan guardado dentro de él. Está segura de que se negarán a facilitarle la llave, y de que su padre ha sido un ingenuo. No está dispuesta a ser amable ni paciente ni comprensiva. No contempla la posibilidad de que Ernesto y su mujer no tengan nada que objetar. Por eso se decepciona cuando Marieta la recibe con una sonrisa encantadora.

La invita a sentarse en el sofá de la sala de estar y, antes de que Beatriz diga nada, va a buscar un sobre marrón donde su marido guarda la llave. Le explica que Ernesto encargó una puerta blindada para reemplazar la que había antes y que la nueva puerta es una puerta especial, contra todo tipo de catástrofes. Después le ofrece café.

Marieta lleva puesto un collarín y un mono de cuerpo entero de color azul, bastante ajustado, que a Beatriz le recuerda a un traje de buzo o a una de esas prendas específicas para la práctica de algún deporte de alto impacto, los dedos enjoyados y unas pantuflas demasiado pequeñas para sus pies, con el logotipo de un hotel balneario bordado en la punta. Se sienta en el sofá junto a Beatriz.

—No entiendo cómo ha pasado, ¿sabes? —dice Marieta.

Hace varias tentativas de ajustar una cinta de velcro para ceñir bien el collarín, hasta que finalmente parece satisfecha con el acoplamiento.

—El caso es que hace un tiempo llevé a Melodía al río para que escuchara cantar a los grillos —explica—. Melodía es mi hija. No habla nunca. La llevé para ver si la inspiraban.

Va sacando de un cesto de plástico algunas otras prendas, una especie de faja, también con tiras de sujeción y varillas verticales, una bota ortopédica, algo parecido a una tobillera y otras vendas elásticas. Mientras hace todo eso, sigue hablando:

—Pero no la inspiraron. No pasa nada. Los grillos en realidad tampoco cantan, baten las alas. Tienen una especie de carraca interior, es decir, producen un ruido, las alas, porque tropiezan entre sí, pero los grillos no cantan.

Hace una pausa. A Beatriz le parece que Marieta quiere explicarle algo más sobre los grillos, o que a lo mejor espera que ella diga alguna cosa. Sobre los grillos, sobre Melodía, sobre el silencio y el ruido. Pero Beatriz no sabe qué decir.

—En fin, fue una tarde estupenda —continúa—, aunque al caer el sol me sentí mareada de repente y perdí el equilibrio. El percance no tuvo importancia, excepto porque me hice daño en la caída. Un esguince cervical.

Se pone la faja con destreza, atenta a que las varillas se queden en su lugar, y desenrolla después una de las vendas elásticas.

—Me recomendaron que lo llevase puesto durante una semana, día y noche —dice señalando el collar cervical—. Al principio no me gustó, como es obvio, pero después de una semana no podía afrontar la idea de tener que sostener yo misma todo el tiempo mi propia cabeza. Era tan agradable, tan agradable sentirse sujeta por algo que acabé comprando otras corazas. Ahora me las pongo cada día y estoy bien. Por supuesto no lo hago cuando tengo que salir de casa, es decir, cuando salir de casa es imprescindible. Reconozco que puede parecer raro, que asusta, y no sé cómo ha pasado, pero al verte pensé: ella tiene una hija, ella comprenderá.

Beatriz asiente. Marieta no le parece una persona perturbada, de hecho efectivamente comprende algo. La examina de forma exhaustiva mientras ella se coloca el resto de las vendas alrededor de los brazos y se calza la bota ortopédica. Luego se pone unos guantes de plástico, con bastante esfuerzo, para cubrirse las manos, se acuesta en el sofá y enciende el televisor.

—¿Tú por qué piensas que la tristeza, esta clase de tristeza, llega así? —pregunta.

Marieta logra trasladar la impresión de que sus actos pintorescos y arbitrarios responden en realidad a un propósito meditado, difícil de entender para la gente común, pero, igual que cuando se observa con atención el propio rostro en un espejo de aumento, o el cuerpo desnudo de alguien que amas desde hace mucho con detenimiento, cada arruga, cada cicatriz o cada desproporción se revelan enseguida como algo monstruoso.

—También mi padre me llevaba a escuchar a los grillos cuando era niña —comenta Beatriz. Pero Marieta no parece interesada en que Beatriz le hable de su padre. Parece, de hecho, molesta, como si acabase de pedirle un vaso de agua y Beatriz hubiese respondido «son las doce y cuarto». En cualquier caso, Beatriz tampoco está interesada en hablar de su padre. Marieta tiene los ojos cerrados, aunque de vez en cuando gira la cabeza con dificultad, todo lo que le permite el collarín, y mira por la ventana.

—Si ves un ganso, por favor, avísame enseguida. Estamos buscándolo —dice.

El ruido del televisor, el ruido de Marieta y el ruido de todos los adminículos que lleva puestos rozándose entre sí forman un zumbido muy espeso y Beatriz desea poder vestir ella también alguna de las corazas de Marieta, acostarse a su lado en silencio y que su única preocupación sea encontrar un ganso. Hay, en la conversación de Marieta, un velo que no se atreve a quebrar. Su voz dubitativa, su tambaleo al moverse y la falta de limpieza de su cabello hacen que Beatriz se sienta abochornada de estar allí con el único propósito de discutir. Abandona la casa de Marieta diciendo «adiós» con la mano y regresa a la suya con el pretexto de que ya es tarde y debe preparar la cena de Ada.

Más tarde, en la cocina de la casa de Soutelo, Ada mira su plato con disgusto. No está interesada en los huevos revueltos de la cena, ni en nada que signifique estar sentada un tiempo largo. Desde que su abuelo murió, Ada guarda un secreto. Cerca del cementerio de Soutelo, la tarde del entierro, le pareció oír un ruido dentro del ataúd donde le contaron que él estaba. Desde eso han pasado muchos días.

—¿Y si estuviera vivo? —pregunta ahora.

Ada sabe cuáles son las cosas que una niña puede decir y cuáles no, pero no entiende muy bien lo que significa no estar vivo. Su madre le dijo que era algo así como quedarse dormido, y a ella le pareció natural entonces que su abuelo hubiese despertado en algún momento, pero imaginó que si en ese momento preciso ella decía algo recibiría una reprimenda y por eso no lo hizo. Se queda mirando la cubeta de plástico donde nada Cleo. Es muy pequeña para un pez de su tamaño.

—Está vivo —dice Beatriz, agitando el agua con el dedo.

A diferencia de Beatriz, Ada no es una niña mentirosa.

Esa misma noche, mientras Ada duerme, Beatriz concibe una idea refulgente, la idea que llevaba tanto tiempo buscando, la catapulta a la excepción. Si fuera una persona melindrosa la consideraría una epifanía. Decide entregarse a un acto de barbarie inusual en ella. Para eso, investiga en los cajones del cuarto de

baño en busca de medicamentos o jarabes de cualquier tipo. Su padre solamente tiene algunos analgésicos comunes y otras píldoras para su corazón. No le sirven porque no son fáciles de disolver. Recuerda entonces que, en su neceser de viaje, hay una caja de ansiolíticos que hace tiempo que no toma, pero que guarda por si fuesen necesarios. Deposita en un mortero de madera varios comprimidos y los machaca con una cuchara. Después, en un solo golpe, vierte el polvo resultante en la cubeta de plástico donde nada el pez de su hermana. Al día siguiente el pez aparece muerto, hinchado y con la boca blanca en el fondo de la cubeta. Beatriz abandona el cadáver en el jardín para que se lo coman los gatos de la aldea y se siente muy poderosa y muy satisfecha. Ada tarda en darse cuenta de que el pez no está, y cuando lo hace, actúa con indiferencia.

Complacida por su nueva condición, por su propia importancia, Beatriz afronta con mejor ánimo las tareas que le quedan por hacer. Antes de marcharse de Soutelo, deja las llaves de la casa en el supermercado de Pati, para que las encargadas de la agencia inmobiliaria puedan recogerlas. Faltan tres semanas para el eclipse y tiene la esperanza de que la casa se venda pronto. Después conduce de vuelta a la ciudad, donde no hay nadie que le pregunte cuándo vuelve. Dentro del maletero lleva las cajas con las cosas de su padre. En Soutelo tampoco nadie le preguntó cuándo se iba. Con las manos en el volante, mientras ve pasar los postes de la luz, admira la manera que las carreteras tienen de saber a dónde se dirigen sin tener que decidir si se marchan o regresan de los sitios.

3

Augadoce

Al salir de Viveiro por la carretera de la costa, llegando a Augadoce, hay un pequeño desvío hacia la playa de Faro. Pegado a la playa está el hotel El Molino y un poco más arriba está el hotel Novo Muíño. El hotel Novo Muíño tiene una piscina de quince metros rodeada por una zona de césped con hamacas y sombrillas. La mayoría de sus habitaciones dan a la piscina. El hotel El Molino tiene vistas a la playa y en principio es el más agradable de los dos.

Paula pasó dos semanas en el hotel Novo Muíño porque no quedaron habitaciones libres en El Molino hasta hoy. Ahora tiene una habitación desde la que se ve el mar y no está segura de que le guste más que la anterior. Es posible que vuelva pronto al Novo Muíño, pero resolvió quedarse por lo menos un par de días en El Molino mientras decide qué lugar se ajusta más a su ánimo. Echa de menos mirar cómo se comporta la gente en la zona de la piscina. Al mirar la piscina tenía la sensación de que el tiempo era una especie de cuenco. Mirando el mar, en cambio, piensa que el tiempo es una especie de textura, una pasta bastante compacta.

Es la primera vez que Paula está en un hotel. Es un regalo que se hace a sí misma. Al principio del otoño participó en un concurso de televisión y ganó más dinero del que ha habido nunca en su cuenta corriente, de manera que puede permitirse pasar un tiempo indefinido en un hotel. No conoce Viveiro, pero conoce algo el hotel El Molino porque tiene una amiga que trabajaba en la recepción de adolescente, y esa amiga le contó que era un sitio muy lujoso. En sentido estricto, quien se lo contó no es una amiga, sino su última compañera de piso, como tampoco el hotel El Molino es, en sentido estricto, muy lujoso. La verdad es que no se

le ocurrió otro lugar donde ir.

Lo primero que a Paula le explicaron nada más llegar al hotel Novo Muíño fue que Viveiro era una de las mejores zonas para ver el primer eclipse solar total en un siglo. En esta parte del mundo, claro. Un verdadero espectáculo desde cualquier punto de vista. Marián Rubí le había dicho que en su destino estaba escrito un encuentro y también un eclipse, y que bajo la influencia de un eclipse tienen lugar cambios de rumbo, sutiles modificaciones de la carta astral. Aunque hace tiempo que lo anuncian en todas partes, Marián Rubí se lo dijo hace muchísimos meses, y por entonces todavía no lo anunciaban en ningún lado. Además, de lo que se trata es de la importancia que ese fenómeno tiene para Paula, eso es lo significativo de la predicción. Los eclipses convocan acontecimientos extraordinarios en las vidas de las personas que los observan. Cuando se traslada al hotel El Molino, para el eclipse falta una semana.

Marián Rubí es la tarotista de Paula, pero a veces le da consejos de terapeuta. Es la única persona en la que confía, no solamente por su sabiduría y clarividencia, sino por la dulzura con la que siempre le habla. La dulzura es fundamental para Paula y le parece la menos común de las cualidades humanas. A pesar de que solo se relaciona con Marián Rubí a través de internet, sus mensajes siempre son compasivos y frágiles, tienen algo que consigue que Paula se sienta acariciada, algo que es maternal desde algún punto de vista.

El recepcionista le asegura que es muy afortunada porque alguien ha cancelado a última hora la reserva que tenía para su nueva habitación, que además es la mejor del hotel porque está en el ático, tiene ventanas hacia la playa y una bañera grande en vez de una ducha. A Paula no le gusta subir escaleras ni hacer, en general, ningún esfuerzo físico. Tampoco le gusta mirar por la ventana porque no puede escuchar lo que las personas se dicen abajo. La bañera sí que le gusta. Decide llenarla de agua y pasar la tarde dentro leyendo un libro que habla de la influencia de los astros y la naturaleza en la aflicción de las personas. Subraya una frase: «El miedo desata el cortisol y la adrenalina en el cuerpo

humano en la misma medida que el dolor físico».

Paula se sorprende al encontrar en su libro una breve mención a los eclipses. Son fenómenos terroríficos para quien no los comprende. Heródoto describe una batalla entre pueblos interrumpida cuando el día se convirtió en noche. El suceso resultó desconcertante para los soldados, y fue interpretado como un presagio que puso fin a la guerra —lee—. Un proverbio chino sugiere que la luna llena que devora el sol trae consigo tantos males como placeres. Últimamente, Paula suele sufrir dolores terribles de cabeza y temblores en las manos cuando hay luna llena, sobre todo con la luna llena en Piscis. Es posible que se trate solo de sugestión, pero de cualquier manera es una explicación que Paula puede comprender.

Se concentra en una nube que atraviesa la ventana de su nueva habitación. Le gusta perseguirlas con la vista, con el propósito de que el devenir de esa nube traiga consigo los pensamientos que vagan a la deriva por su subconsciente. Se remonta al verano de su adolescencia justo después del divorcio de sus padres. El divorcio le había concedido a Paula un nuevo estatus sofisticado entre sus amigas. Su padre se mudó a un apartamento que no parecía apropiado para una adolescente. Pasaban juntos dos tardes por semana. Por las noches, regresaban en coche a la casa familiar, y la madre de Paula se le quejaba de la hora, y de que no le gustaba que condujese cuando ya no hay luz. Siempre iban en silencio en el coche, y eran los momentos en los que Paula menos sola se sentía, como si las oscuridades en las que los dos estaban sumergidos se fundiesen en una.

Hasta entonces, Paula siempre había tenido miedo a la oscuridad. Su madre solía decirle que en la oscuridad hay exactamente las mismas cosas que en la luz, y que por tanto es ridículo tenerle miedo, pero eso está muy lejos de ser cierto. Paula tenía miedo a la oscuridad porque es un temor más aceptable que otros. Le daban miedo las cosas que no podía ver, y si esas cosas se iluminaban dejaba de tenerles miedo. Cuando el padre de Paula enfermó, volvieron a vivir todos juntos como una familia normal, a pesar de que muchas veces él había sido desconsiderado o cruel,

pero nadie merece morir solo —eso había dicho la madre de Paula, a pesar de todo—. Sin embargo, en el cuarto de la residencia para mayores donde su padre vive ahora no hay nadie junto a él.

Paula cree que saber estar sola es muy importante. Marián Rubí le dijo que no sabe estar sola y que es muy importante. Le dijo también que podía aprovechar estas semanas de vacaciones para reflexionar. Paula es incapaz de reflexionar. Sus pensamientos no son porosos. Un pensamiento se suma a los otros y lo único que sabe hacer es observar el montón que forman juntos. Cuando se trata de sus pensamientos, le parece tener en las manos una bolsa llena de pequeños instrumentos de percusión. A Paula le gustaría hacer con todos ellos algo que se parezca a la música, ordenar sus ruidos, pero mientras estaba en el Novo Muíño eso no le parecía tan oportuno y encontraba satisfacción en el barullo. Elabora una lista con sus problemas fundamentales y escribe primero «no saber estar sola» y después «no ser una persona reflexiva». Escribir listas es otro de los consejos de Marián.

La hermana de Paula, con la que hace años que no habla, piensa, o debe de pensar, que hay algo que explica la conducta evasiva de Paula. Piensa que Paula la culpa de algo, o que Paula desaprueba su manera de actuar y sus determinaciones. Es más complicado. Simplemente ellas dos no han conseguido vivir conectadas. Tienen almas incompatibles. Es como si cada una fuera una parte necesaria de un juguete magnético, una de esas estructuras pendulares de color plateado que la gente coloca sobre la mesa del despacho. Cuando Paula se acerca, su hermana se aparta, ese es el único movimiento que sucede entre las dos. Desaparecer es la manera que Paula tiene de expresar afecto y consideración. Es agotador pasarse la vida alejándose de alguien.

No siempre ha sido así. Cuando tenía quince años, Paula le confesó a su hermana que le gustaba su profesor de gimnasia. No le gustaba tanto hasta que lo confesó. Después, la confidencia creó el enamoramiento. La hermana de Paula ya no vivía en casa en aquel tiempo, pero regresaba muchos fines de semana. No había mayor

placer para Paula que contarle a su hermana, acostadas cada una en una cama, en el cuarto que compartían, los acontecimientos que tenían que ver con su nueva pasión, y la experiencia de hablar de ellos era más satisfactoria que la hipótesis de llegar a concretar ningún amor. Una tarde, el profesor de gimnasia había besado a Paula en el cobertizo donde guardaban el material deportivo. Aquello lo había estropeado todo, había terminado con los relatos. La separación entre ella y su hermana fue, a partir de aquel día, irremediable. Nunca se lo contó a nadie. Ni siquiera a Marián Rubí.

4

«Augadoce»

Paula cree firmemente que todo ocurre por una razón. Uno de sus últimos días en el Novo Muíño bajó a la zona de las hamacas y de la piscina y trató de leer su libro, pero allí había una mujer acompañada por su hija de corta edad y lo que ellas dos hacían era mucho más interesante. La niña llevaba un jersey de punto azul celeste, el mismo tono del fondo de la piscina semivacía de agua, y la madre estaba embarazada —un embarazo bastante avanzado—. Untó la cara de la niña de crema solar —«Hay que ponérsela siempre, verano e invierno», dijo— y le explicó también que en los días fríos y nublados es cuando el sol resulta más peligroso. «¡Huele como si fuera verano!», gritó la niña. Luego jugó en las escaleras de la piscina, bajando hasta encontrar el agua, sin tocarla. Más tarde, junto a unos arbustos, recogió una especie de mariquita negra y redonda como un punto y dejó que se pasease por la uña de su dedo pulgar.

Hubo un momento en que la cabeza de la niña, la cabeza de la mujer, su barriga abultada, la mariquita, las pecas en la cara de la niña, e incluso los flotadores salvavidas de la piscina, se convirtieron en un estampado de círculos que Paula era capaz de unir con líneas rectas imaginarias, formando constelaciones a su voluntad.

Cuando se cansó del insecto, la niña bebió agua de la piscina. Puso las manos en forma de cuenco, entrelazando los dedos, y comenzó a sorber. No de manera inocente, sino con verdadera avidez. La madre le dijo que estaba mal. Se lo dijo furiosa. Le explicó que el agua de las piscinas lleva cloro y otros químicos malos. La niña le preguntó por qué le ponen cosas malas al agua de

la piscina donde la gente se baña. La madre le explicó que se las ponen para limpiarla de impurezas y que la gente se pueda bañar. La niña no vaciló. «Es agua pura», dijo. Y luego caminó por el borde de la piscina meneándose en señal de burla mientras decía: «Agua puura puuura puuura».

El sonido de esas sílabas le pareció impúdico a Paula. Le pareció una palabra fuera de lugar. Es rara en la boca de una niña pequeña. ¿Qué sabe una niña pequeña sobre la pureza?

El resto de los días que Paula pasó en el Novo Muíño apenas salió de los alrededores del hotel. El recepcionista le proporcionó una bicicleta para que explorase la zona, pero Paula no se atrevió a ir más allá de la carretera general. No volvió a ver a la niña y tampoco a la madre. Pensó que se habían marchado, pero resultó que también las habían trasladado a una habitación mejor en El Molino.

En el comedor, a la hora del desayuno, es donde las encuentra. Los muebles del hotel El Molino son menos modernos, pero están más conjuntados que los del Novo Muíño y desde luego son más bonitos, incluidos los del comedor. En la puerta del comedor interior del hotel El Molino hay un cartel que indica los horarios del desayuno, del almuerzo y de la cena. Dos horarios, el de verano y el de invierno. Dos normas, también. En la temporada de invierno la norma es «sírvase usted mismo» y en la temporada de verano «espere a ser atendido». Lo cierto es que en verano siempre se está esperando algo. Habitualmente el hotel apenas tiene huéspedes durante el otoño y suele estar cerrado de noviembre a mayo. Sin embargo, este año es distinto porque todos esperan el eclipse. Este año abren y tienen el mes de enero completo.

La madre charla de buen humor con dos jóvenes, aunque uno es más hablador que el otro. Hablan del marido de ella, que es algo parecido a un encargado de una cadena de supermercados. Hablan de que su marido puede, por ejemplo, decidir qué persona debe hacer cada cosa en las secciones del supermercado de las que él se

encarga, independientemente de las preferencias de esas personas. La madre está muy orgullosa de cómo su marido administra ese poder. El marido no ha cogido todavía sus días de vacaciones porque tiene muchas responsabilidades, pero también cobra un buen salario. Les va muy bien, quieren comprar una casa en Augadoce, que es un lugar estupendo para pasar el verano. Esa es la razón por la que la madre y la niña están en el hotel. Visitan casas por las tardes. La mujer de la agencia inmobiliaria le dijo que hay una casa interesante en la aldea de Soutelo. No está tan cerca de la playa como las casas de Augadoce, pero la dueña de la casa, o al menos eso dice la mujer de la inmobiliaria, está desesperada por venderla.

El chico portugués hablador le pregunta si en el topónimo «Augadoce» la palabra *doce* quiere decir «lo contrario a salado» o quiere decir «el número que sigue al once», pero la madre no sabe qué responder a eso.

La niña remolonea delante de un plato con trozos de fruta del modesto bufet del hotel y la madre comenta que no sabe qué hacer para que su hija coma. Que tiene carencia de hierro. Que no prueba las legumbres ni los alimentos de color marrón, como los bistecs. Tampoco el chocolate —insiste bastante en esto—. El chico hablador dice «qué curioso» y el chico callado dice «qué interesante». La niña parece molesta con la conversación, mueve las piernas por debajo del mantel y mira a su madre con absoluto desprecio.

Paula siente que es esa niña. No que se parezca a esa niña sino que las dos son exactamente la misma persona. Marián Rubí opina que hay un número limitado de clases de alma que se reconocen entre sí y que los cuerpos que las contienen son intercambiables. Paula no comprende nada que no sea su infancia. Está perdida en el mundo de los adultos como si hubiese sido expulsada del único territorio que le era propio. Cuando cumplió dieciséis años se dio cuenta de que ya no podía decirle a su madre todo lo que sabía de ella. Su madre, en cambio, sí podía echarle en cara lo que le pareciera, como que tener miedo a la oscuridad era ridículo. Paula tuvo que fingir entonces que su madre no se

sentaba en el sofá todas las tardes para ver programas basura en la televisión y que no se acostaba a altas horas hablando con desconocidos a través de un chat. Tuvo que hacer como que eso no ocurría cada vez que su madre censuraba a la gente que ve esos programas de televisión y encuentra pareja en aplicaciones de citas.

Durante toda la semana hay nubes sobre el hotel y Paula se aburre por primera vez en muchos días. Mientras estaba en el Novo Muíño, siempre había sentido que tenía cosas que hacer. Vuelve a coincidir con la niña, con la madre, con el chico hablador y con el chico silencioso el día del eclipse, a la hora del desayuno. Comprende que los días en un hotel son siempre el mismo día que se repite. La niña lleva una bolsa transparente llena de agua y dentro de la bolsa hay un pez de plástico. La cabeza del pez es azul, de un azul profundo y oscuro, pero la cola está descolorida. La cola es casi violeta y Paula supone que el pez ha pasado mucho tiempo, a lo mejor varios veranos, en un escaparate al sol, esperando algo.

La niña agita la bolsa de agua sobre su cabeza para provocar que el pez se mueva dentro y luego lo mira y toca la bolsa con el dedo, fingiendo que el pez está vivo y que le hace carantoñas. Todos ellos han pasado la tarde anterior juntos en el pueblo. Fueron en el mismo coche. El chico hablador le compró a la niña el pez de plástico y observa complacido cómo ella se divierte con el juguete. Planean ver el eclipse en la playa junto al hotel.

Paula quiere ver el eclipse sola o, por lo menos, no quiere verlo con ninguna de las personas que ha conocido en el hotel El Molino. Sale en bicicleta y conduce por el margen de la carretera general. La idea de la luna y el sol alineados, la idea de que la sombra de una devore la luz del otro, le parece a Paula difícil de interpretar. Piensa que la comprende, pero en realidad no.

Llega a una aldea donde hay un bosque. La bicicleta de Paula

no está preparada para el barro del suelo y se precipita por un camino irregular. La rueda de delante tropieza de manera abrupta con algo o con alguien, Paula pierde el control del vehículo y cae violentamente sobre un arbusto que amortigua el golpe de su cuerpo contra el suelo. A su lado, acostado con el cuello partido, envuelto en sus propias plumas desprendidas, hay un ganso al que escucha gemir por última vez. Siente compasión por él, pero no sabe si debe tocar el cadáver o eso puede hacerla enfermar. Finalmente aparta su cuerpo del camino y lo esconde en el interior del arbusto. Algunos excursionistas están instalados a poca distancia de allí en tiendas de campaña. Los vecinos de la aldea se han reunido con ellos y reciben a Paula como si fuera otra excursionista más. Ella sonríe con agradecimiento, buscando perdón por lo que acaba de hacer. El animal muerto le ha hecho recordar el encuentro que le había pronosticado Marián Rubí.

En el cielo, los pájaros dejan de cantar. Una bandada de estorninos se repliega confundida a medida que la luz desaparece. Paula observa su vuelo desconcertado y algunas sombras extrañas proyectadas en el suelo. Y piensa que existe algo más grande que ella misma, algo que la contiene y que la ampara, y que hay consuelo en saberse una pequeña parte, y en intuir las formas concretas de la providencia.

Rob y Roberta

1

Roberta era una de esas personas

Mi hermana trajo de Soutelo media docena de cajas con las cosas de mi padre que había considerado dignas de conservar. Algunas fotografías, su reloj, un libro de contabilidad doméstica escrito a mano, en el apartado sentimental. Vajilla y herramientas pequeñas con poco uso, en el apartado práctico. También un impermeable, algunas bufandas, otra ropa que podía aprovecharse. Me mostró las cajas para que yo eligiese lo que quería, como cuando alguien parte en dos un trozo de tarta para compartirlo, procurando que las raciones sean idénticas, y después tiene la deferencia de dejar que sea la otra persona quien escoja cuál de las dos porciones prefiere.

A mí esos gestos me habían parecido siempre un defecto de confianza, la sospecha de que debe entregarse una prueba o una garantía de que una está dispuesta a hacer un reparto justo, de que no desea engañar.

Beatriz había recolectado todos aquellos trastos y los había organizado buscando parecidos entre ellos. Estaban bien ordenados. Había una caja en particular con los objetos que no había sabido dónde meter, una caja de variedades que sobreviven después de desmontar una casa, como resultado de los restos de una vida corriente. Eran las cosas que podrían servirle a cualquiera o a nadie y que no tenían ningún valor sentimental. Un abrelatas, un juego de toallas. Cosas a las que no es posible sentirse apegada. Esa fue la única caja que escogí y dejé las demás para mi hermana.

La tasación de la casa de Soutelo no la había contentado. Tampoco parecía probable venderla pronto aunque estuviese bastante cerca de la playa. Había en Beatriz, a pesar de todo, una

alegría renovada, una luz que nunca había visto en ella. Me confesó que llevaba un tiempo dedicada a una nueva y apasionante ocupación, que le permitía poner en práctica su don para la predicción del futuro y sus conocimientos sobre la carta astral. No tenía mucha clientela, pero había conseguido la fidelidad completa de unas pocas personas con las que se relacionaba solamente a través de internet, donde se identificaba como Marián Rubí. Ninguna de esas personas cuestionaba sus métodos ni sus resultados como tarotista, como adivina, como vidente, como médium, como experta en nigromancia, como bruja. No me dijo cuál era la palabra idónea para nombrar su nuevo trabajo. Me pareció reconocer aquel nombre pero Beatriz me aseguró que era fruto, por completo, de su imaginación. Por supuesto era una ocupación secundaria. Le dije que me parecía un trabajo poco común y eso le causó una alegría muy sincera.

Fue entonces cuando me informó de la muerte de Cleo. Ada había desatendido al pez, eso era todo. Me habló también del coche de mi padre. Yo no tenía coche y mi hermana consideraba que debía quedarme con él. Me pareció, con franqueza, la peor de las ideas, en buena medida porque eso me obligaba a ir a Soutelo para recogerlo, pero, como no era necesario entrar en la casa, le contesté que me lo pensaría y, al instante de decirlo, supe que iría hasta allí con tal de no tener que pensar más en Cleo o en otra cosa. Al día siguiente, salí temprano de mi apartamento para coger un autobús que me llevase primero a Viveiro y después a la casa de mi padre.

No podría explicar lo que me pasó desde que llegué allí en un autobús de línea hasta que me senté en el coche de mi padre y tampoco aclarar por qué razón decidí conducir a ningún lugar, pero puedo contar con bastante detalle lo que ocurrió después de eso.

Conduje algo más de quinientos quilómetros cara el este y luego conduje mil quilómetros más. Al principio, el plan era que algo me detuviese. Algo como una explosión, un accidente o un eclipse,

daba igual. El sueño y el hambre me obligaron a hacer la primera pausa al cruzar la frontera de Francia, en Saint-Jean-de-Luz. Pedí un *croque-monsieur* en una cafetería junto a la carretera y hojeé el periódico. Hablaba de Robespierre, de quien Ada había tomado el nombre del malogrado Rob. Leí que Robespierre había nacido en Arras, donde le habían dedicado una calle, y me dije que, si nada ocurría, el viaje terminaría ahí y luego ya veríamos.

Fue entonces cuando conduje hasta Arras, pero nada pasó y tampoco localicé la calle de Rob. Luego tuve que escoger entre quedarme algún tiempo o continuar el viaje. Por supuesto, decidí lo segundo. Llegué a considerar la posibilidad de estar batiendo alguna especie de récord y de que tuviese algún significado conducir así, aunque fuesen los demás los que se lo atribuyesen.

Mi coche se estropeó al llegar a Cléon, muy cerca de Bélgica. Me sorprendió que no lo hubiese hecho antes. Llevaba ya algún tiempo esperando la avería. Desde Arras hasta Cléon hay doscientos quilómetros. Los había recorrido en poco más de dos horas. Paré en una gasolinera junto a un camping infinito y cuando traté de arrancar para seguir no fue posible. El coche de mi padre había comenzado a fallar algo antes y en la autopista había visto salir humo del capó, pero no le había hecho caso. Faltaban un par de días para el eclipse cuando llegué. Allí le compré a Ada unas gafas de buceo y un tubo para respirar, y después, ayudada por los campistas, empujé el coche de mi padre cuesta abajo por si fuese un problema de la batería. Yo sabía que no lo era, pero fui incapaz de explicarme en francés y me dejé llevar por sus hipótesis.

El camping era un lugar hospitalario y raro, poblado por auténticos resistentes. Algunos campistas parecían vivir allí de forma permanente. Otros, más aventureros, me dieron la impresión de ser verdaderos amantes de la naturaleza o de los deportes de invierno. Por indicación de uno de ellos, contacté con la aseguradora del coche de mi padre. Pienso que si nadie me hubiese sugerido nada yo todavía estaría allí ahora, esperando la siguiente consecuencia de mis actos. Una hora más tarde, llegó Roberta para rescatarme en su grúa. Descubrí con agrado que podía entenderme con ella en portugués. La familia de Roberta era de Coímbra, y

enseguida comenzó a contarme cómo había llegado a Ruan, lo mucho que echaba de menos su país y los planes que había hecho para regresar. La compañía aseguradora me proporcionó instrucciones de seguir a Roberta hasta su taller en Ruan. Tal vez debería agradecer que mi padre no ahorrase dinero en seguros, ropa de abrigo o herramientas, pero lo cierto es que me daba igual. Roberta me ofreció la posibilidad de pasar la noche con ella en el taller —era su noche de guardia— y me pareció más fácil que aceptar el hotel de la compañía de seguros. Al día siguiente debía coger un tren a París y después un avión de vuelta a casa. La compañía de seguros repatriaría más tarde mi coche hasta un taller próximo a Soutelo.

Encontré satisfacción en no tener que hacer nada más que seguir instrucciones. A Roberta le pareció insólito que yo no estuviera interesada en ver el eclipse y que no hubiera ninguna razón para mi viaje. ¿Quién despreciaría algo tan extraordinario como un eclipse?, parecía pensar. Pero, bien mirado, un eclipse no tiene nada de extraordinario, responde a algo absolutamente predecible. En todo caso, le expliqué que era una especie de herencia. Que venía de un lugar por el que no pasaban la ilusión ni el desconcierto. Y que mi familia no había salido nunca de él, a diferencia de la suya.

No creo que el azar guíe nuestras vidas, creo que puede guiarlas o no, y que la mayor parte de la gente no se atreve a vivir así, sino en contra de lo casual, en la búsqueda de una serie de acciones y de sus consecuencias, como si lanzaran continuamente un búmeran y luego, por lo menos algunas veces, fingieran sorpresa al recibirlo de vuelta. Roberta era una de esas personas. También Guppy. Los dos, a su manera, conservaban intacta la esperanza de gobernar su propio destino.

2

Sergei Krikalev nunca se quejó de su suerte

Roberta me ofreció una cena humilde, compuesta de latas de sardinas, queso y pan. Yo no sabía si darle dinero o no. No quería ofenderla, pero tampoco quería que me considerase una aprovechada. Le hablé de Paula, del concurso «Tu gran sueño» y del dinero del premio. Me dijo que no entendía qué relación puede haber entre los sueños y el dinero, y yo me di cuenta de que no era importante para ella que yo le ofreciera nada por la cena. La verdad es que el dinero era en ese momento la única de mis preocupaciones, porque no me quedaba casi nada. Pensé en cómo lo resolvería mi padre, en cómo él se relacionaba con el dinero y con los sueños y en qué significaba eso sobre quién somos nosotros.

El día que murió, mi hermana encontró en el aparador de la cocina un sobre con varios billetes grandes, que era todo lo que mi padre había ahorrado en los últimos años y que se correspondía de manera aproximada con los gastos adicionales de su entierro, los pocos que no cubría el seguro de decesos. Ella me lo había contado con ternura y, aunque no lo aclaró, tuve la impresión de que lo había dicho dando por sentado que era algo que mi padre había dejado dispuesto así, como si fuese previsible para él que algún día, más pronto que tarde, una de nosotras dos lo encontraría muerto, con los ojos y la boca a medio cerrar en un bostezo, y quisiera aliviarnos o compensarnos de algún modo por esa escena facilitándonos los asuntos prácticos.

No había tratado de convencer a mi hermana para no usar el dinero del sobre porque no había ninguna razón para no hacerlo. Sí le expliqué, aunque con palabras de seda, que no me interesaban

los detalles que me ofrecía y, sobre todo, que no me interesaban los pormenores económicos, porque lo que ella determinase me parecería bien con tal de no tener que ser partícipe de ninguna decisión tediosa.

—Siempre has tenido una personalidad artística —había respondido Beatriz. Con eso quería decir que me consideraba ajena a cualquier cuestión mundana y, por extensión, que estaba conforme con que no me importaran los asuntos que tenían que ver con el dinero.

Estaba acostumbrada a que mi hermana interpretase cualquier aspecto de mi conducta en función del papel que yo representaba dentro de su concepción del mundo. Encajar a cada persona en un molde le facilitaba la tarea de comprender a las personas que conocía, así que anticipaba las características de esos moldes para luego dar forma a las particularidades de la gente como si fuésemos masa cruda de galleta. Ella aplastaba, doblaba o partía las esquinas de mi carácter que no lograba descifrar por completo para ajustarlas a una silueta con la que fuese capaz de relacionarse.

Entendía mi reticencia a hacer gastos que no fueran imprescindibles —cambiar las cortinas de la casa, pintar las paredes, escoger un ataúd de madera maciza o una corona de flores más vistosa— como si tuviese que ver con un desprecio por lo material, propio de un temperamento soñador. Sin embargo, sucedía justo lo contrario. El dinero era importante para mí. No solo por todo lo que puede comprarse con dinero, como por ejemplo el tiempo y los sueños. También era importante para mí el simple hecho de tener dinero, de contarlo, de saber constantemente la cantidad de la que disponía y la cantidad que podía gastar, que siempre era poca. A no ser porque tengo la certeza de que ocasionaría excesivos percances de índole práctica, mi ideal sería que todo mi dinero estuviese guardado en bolsas de monedas, para poder comprobar cuánto espacio ocupan y sentarme en medio de ellas y sentirme segura.

Mi padre y yo apenas hablábamos de nada que nos preocupase y desde luego nunca hablábamos de dinero. Cuando

era niña nunca había suficiente para comprar las cosas que yo quería, pero tampoco las que de verdad necesitaba. Mi padre tenía su manera particular de no hablar del dinero, y esa manera era hablar por sustitución del trabajo. Cuando vivíamos los tres en Soutelo y yo hacía un amigo nuevo, lo único que mi padre me preguntaba al respecto era en qué trabajaban los padres de él. Saber en qué trabaja la gente sirve para calcular el dinero que esa gente presumiblemente tiene, el dinero que esa gente puede gastar y, por tanto, también el tipo de gente que son y aquello que pueden permitirse soñar.

Pocas veces nos hacía regalos —ni siquiera regalos prácticos —, no porque se desentendiese de nosotras sino porque «no se podía entender». La última vez que lo visité quiso que me llevase sus libros. No podía darme casi nada más. Él no sabía leer o escribir con fluidez suficiente —y a pesar de todo fingía que sí y que la razón de querer dármelos era que ya los había leído—. Creo que pensaba que eran un gasto superfluo, lo que no significa que los desdeñase. Los apreciaba como si fuesen un signo de abundancia, parecido a un ramo de flores o a un paquete de salmón ahumado, productos que raras veces se podía permitir y que eran propios de otras vidas con las que la suya no debía mezclarse.

Sin embargo, cuando le pedí un libro a los ocho años me lo compró a pesar de todo eso. Una semana después le pedí otro, con una vergüenza que no me fue sencillo identificar como tal —por aquel entonces confundía la vergüenza con el temor—, y le prometí que nunca más volvería a pedir ningún otro libro porque, si tenía dos, entonces podría leer alternativamente primero uno y luego el otro, de modo que cuando terminase el segundo ya hubiese olvidado el anterior. Mi padre me dijo que nunca podría olvidar por completo el libro, porque a medida que lo leyera el recuerdo de él despertaría en mí. Ahora sé que un libro no debe despertar nunca el recuerdo sino la imaginación.

Mi segundo libro se titulaba *Historias reales y fascinantes del siglo* xx y hablaba del cosmonauta Sergei Krikalev, que salió de la Unión Soviética hacia el espacio exterior justo antes de que la

Unión Soviética se disolviese y, cuando quiso regresar, tuvo que afrontar que su país ya no existía y, por lo tanto, que no tenía a donde volver. Sergei Krikalev era la persona que más tiempo había pasado orbitando alrededor de la Tierra, o eso decían las historias reales y fascinantes del siglo XX, aunque, cuando mi padre compró para mí aquel libro, me pareció que si las historias eran verdaderas no podrían ser fascinantes y si eran fascinantes no eran verdaderas, así que decidí que la historia de Krikalev era mentira y también mi favorita. Sergei Krikalev nunca se quejó de su suerte. Eso era algo que tenía en común con mi padre.

Cuando Ada me preguntó —tiempo atrás— si había alguna persona célebre o distinguida en nuestra familia —al estilo de Cleopatra, Robespierre o Krikalev— a mí se me escapó una carcajada. Si me viese obligada a elaborar un álbum familiar —cosa que detestaría —, no tendría muchas páginas que cubrir ni muchos comentarios que añadir debajo de cada fotografía. Mi madre murió antes de que yo tuviese la edad de formarme algún recuerdo y a mis abuelos ni siquiera los conocí.

Mi padre trabajaba en la fábrica de conservas, supervisando la cinta donde un grupo de mujeres, a diario, colocaba un cierto tipo de pez —ya convertido en pescado— en un cierto tipo de lata. Teniendo esto en cuenta, estoy segura de que mi relación con Cleo y Rob le parecería algo excéntrico. Algunos meses después de jubilarse tuvo que mandar acortar una gabardina porque estaba mermando en altura. Constató de esa manera que era dos o tres centímetros más bajo que antes. Yo nunca había dado crédito en exceso a la cuestión de la merma de mi padre, pero pocos días antes de la muerte de Rob observé que su tamaño también se reducía, aunque prefería pensar que era Cleo quien crecía y que la disminución de Rob era solo una ilusión óptica por comparación. Mi padre trabajó en la conservera durante treinta años, lo que quiere decir que durante treinta años pasaba el día agachando la cabeza para mirar la cinta. Él pensaba que, después de pasarse media vida inclinado sobre esa cinta, a la hora de la jubilación,

cuando por fin quiso estirarse, fue demasiado tarde, y solo entonces se percató de que era más bajo que cuando era joven —o así lo explicaba.

Participó en un reportaje sobre los trabajos del mar para una especie de muestra etnográfica. La exposición la organizaba la fundación de nombre extranjero que es propietaria de la casa de cristal que hay en Soutelo. En las fotografías de la exposición, las operarias apenas aparecen. Solo algunas partes de su cuerpo, casi siempre las manos, o ciertos detalles de su uniforme de trabajo. Las tomaron en blanco y negro, como si esas mujeres fueran especímenes de un mundo extinguido. Mi padre sale en cambio muy derecho en las imágenes, y esa es toda la relación que mi familia tuvo nunca con la celebridad.

Él experimentaba la vida como un suceder de hechos que ocurrían unos después de otros. No es que se conformase, no es que escogiera resignarse o renunciar a algo, sino que comprendía todo lo que le pasaba y todo lo que tenía igual que comprendía la llegada de la nieve o la floración de los cerezos. Cada suceso era eventual. Mejoras y complicaciones, beneficios y pérdidas, tenían la misma importancia para él y no perdía el tiempo preguntándose cómo le afectarían. Seguía con su vida haciendo los ajustes oportunos. Por eso creo que nunca se quejaba y que tampoco expresaba contento o satisfacción.

3

Simplemente empieza y luego para

He dicho que mi padre no sabía leer y escribir con fluidez, que consideraba los libros gastos superfluos, y que no hizo nada que pueda ser considerado extraordinario. A lo mejor eso da una idea equivocada sobre él como un hombre primario, porque la gente tiene la rara idea de que la lectura, la escritura y la celebridad son cosas sofisticadas. Mi padre hacía algunas cosas realmente excepcionales. Digo realmente porque eran realmente cosas, no como la escritura, que no es realmente nada porque no se puede tocar. Cultivaba un jardín con sus manos. Con infinita paciencia hizo germinar un hueso de aguacate, y cuando el árbol, años después, dio sus tres primeros frutos, los depositó con delicadeza en una cesta y durante muchos días se los mostraba a quien pasase por su casa. El aguacate es una fruta exótica. «Aquí están tres aguacates de un árbol que yo planté», decía con orgullo. Lo quise mucho cuando lo supe. Lo quería mucho casi todo el tiempo por esas cosas.

Cuando cumplió sesenta y cuatro años y dejó de trabajar supo qué hacer con aquel cambio sin necesidad de meter un par de peces dentro de un florero, lo que también es algo bastante excepcional. Cuidó del jardín, le enseñó a Ada a montar en bicicleta, compró una barca de remos, capturó grillos en jaulas de cartón y dedicó mucho tiempo a estudiar los cantos —era casi lo único de lo que hablaba—, construyó un mapa de Europa cuyas partes iba pegando en un rectángulo de madera fina con pegamento de pincel. El día que colgó finalmente en la pared aquel

mapa yo estaba con él y señaló los clavos y el martillo antes de decirme que no le hablase mientras lo colgaba porque aquella era una operación delicada y podía hacerse daño en un descuido. No le hablé, pero mientras colgaba el mapa imaginé que sí le hablaba y que una punta atravesaba sus dedos gruesos y que la sangre salpicaba la pared del dormitorio y que mi padre caía y se golpeaba la cabeza contra la baldosa y que era así como mi padre se partía el cuello. Pero no fue así como mi padre murió.

Empezó a toser en medio del otoño. Nos contó que la bisagra de la puerta principal de la casa estaba rota y que él ya no tenía fuerzas para cambiarla, pero ni siquiera eso fue una queja. La tos no nos hizo anticipar que su corazón estuviera enfermando más de la cuenta pero luego supimos que era una señal. Las válvulas de un corazón humano son como un paracaídas que se contrae para dar impulso a la sangre. Cuando esto no es así, el corazón se esfuerza, los pulmones se encharcan y la inundación ocupa en ellos el lugar del aire. Es por eso por lo que mi padre tosía y esa fue también la razón de que su corazón dejase de funcionar. Yo pensaba que su marcapasos seguiría actuando por él, que ese es el cometido fundamental de llevar uno, que haga el trabajo que en un momento dado un corazón declina seguir haciendo. Pero resulta que no es así. Y por eso desconfío yo de las máquinas.

Cuando alguien muere, el suceso convoca una serie concreta de palabras alrededor, palabras de luto o palabras de consuelo, que le van dando forma a una especie de colmena. Son palabras que casi se pueden tocar —son realmente algo— porque son pronunciadas con el propósito de ocupar el espacio entre dos personas que no saben qué otra cosa hacer más que decirlas, y a lo mejor por eso es posible que sean el único tipo de palabra comparable a las cosas, de la misma forma que una sombra no es un reloj pero puede cumplir la función de un reloj cuando se proyecta sobre un árbol y va mudando su posición.

Mi hermana encontró consuelo en las palabras, encontró consuelo en saber que el corazón de mi padre tenía arreglo en las manos de un cirujano experto. Cuando mi padre murió, les contaba a todos que él podría estar vivo si un cirujano experto lo hubiese

escuchado toser algunos días antes. Era un relato largo, detallado y absolutamente fantasioso. El cirujano experto sacaría del pecho de mi padre su corazón y conectaría su sistema a una bomba externa que mantuviera la circulación de la sangre en el cuerpo y la oxigenación de los órganos mientras lo reparaba. Los dedos de ese cirujano experto tendrían que ser capaces de coser como conviene las válvulas. Después, el cirujano devolvería a su sitio el corazón restaurado de mi padre. Igual que le pasó al cosmonauta Sergei Krikalev, el corazón de mi padre lo había abandonado, en el relato de Beatriz, antes de tener un lugar al que volver. Yo no estoy segura de que las palabras de mi hermana fuesen entonces palabras de consuelo, pero nadie cuestiona todas esas palabras que se dicen cuando alguien muere.

La mayor parte de las personas solo cuestionan el silencio porque es embarazoso. A mí me agrada balancearme en él si no tengo nada que decir. Cuando mi padre murió, pensé que podría trazar un boceto de la inminencia del suceso, antes de que se produjese, y un boceto también de su sombra proyectada, pero no pensé en la dificultad de definir el límite de esas dos oscuridades, de separar una de otra y dar con la zona en la que una comienza y otra termina. Los grillos empiezan a cantar de un momento a otro, a la altura de mayo. Y paran en octubre, como si fueran un coro. No es algo que suceda poco a poco. Simplemente empieza y luego para. El lugar natural donde comienza el luto es la caída. Después de cada caída siempre hay una expectativa, una luz al fondo. Los insectos buscan la luz. Los grillos son insectos, también. Como los peces, tienen un corazón frío y elemental, y por eso es agradable pensar en ellos.

Mientras cenaba en el taller de Roberta, pensando en todas estas cosas, los informativos emitían una noticia que se había producido aquella tarde. Un acuario gigante había reventado en el recibidor de un hotel en Berlín. Era una columna cilíndrica de gran altura, que se elevaba desde el suelo hasta la última planta. Las paredes de cristal no habían resistido la presión del agua y, después de que

estallaran, un millón de litros, restos de vidrio y miles de peces de colores habían quedado desparramados por el vestíbulo y la calle de acceso. Pensé en el cuerpo de todos aquellos peces y en el cuerpo de Rob. Y como no podía alejar a Cleo y Rob de mi recuerdo, eso fue lo único de lo que le hablé a Roberta.

Es posible huir hacia delante con la imaginación o huir hacia atrás con el recuerdo, pero en el primer caso algunas veces una no es suficientemente resistente como para soportar la tensión de escapar, y en el segundo caso una choca siempre con aquello que la persigue o con aquello que teme. De todos modos, el problema de instalarse en la huida es olvidar quién eras antes de eso e incluso si alguna vez has sido alguien.

Con el paso del tiempo llegué a pensar que Rob nunca había existido. Y mientras le contaba a Roberta todo lo que me había ocurrido con él y con Cleo, creo que ella sintió lo mismo, y que por esa razón me preguntó:

—¿Eso es algo que recuerda o algo que ha inventado?

Le respondí que no importaba porque, al fin y al cabo, eran peces igual. Y brindamos por la amistad. Y brindamos también por la vida que merecíamos. Y comprendí que no había nada más importante que brindar. Como si todos estuviésemos alejándonos de algo y el mundo fuese una esfera con paredes de vidrio. Y como si el sentido de todas las vidas no fuese otro que tropezarse.

Nota de la autora

Una primera versión de la peripecia de Cleo y Rob fue publicada en el número 24 de la revista *Granta* en español con el título «A ferida imaxinaria». Quiero agradecerle a Valerie Miles y al equipo de la revista la invitación a escribir, que me sirvió de impulso para estructurar las primeras notas de este libro.

Me gustaría agradecer también la confianza de mi agente literaria, Ella Sher, y de mis editoras y editores de Xerais, Destino y Les Hores. Me siento afortunada de haber podido contar con su talento y complicidad en el camino.

Con el paso de los meses me he dado cuenta de que los sucesos que ocurren en esta novela se parecen a una de esas ilusiones ópticas en blanco y negro que permiten una doble lectura de la imagen. Me refiero, por ejemplo, a la Copa Rubin, la más conocida de todas. Puede ser un florero y pueden ser dos rostros enfrentados, dependiendo de cuál de los dos colores asignemos al fondo y cuál a la figura.

Lo que me interesa de ese tipo de ilusión óptica es que para observar algo es necesario eludir el primer término de uno de los dos colores. Es imposible para el ojo reconocer las dos posibilidades al tiempo. Pero el lenguaje, a diferencia de las imágenes, hace posible que dos cosas —como un florero y dos mujeres que se miran— sucedan a la vez.

Por ayudarme a mirar, gracias a las amigas y los amigos que me leen generosamente mientras escribo. Y por mirar conmigo, gracias a Carlos Meixide.

La herida imaginaria
Berta Dávila

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2024

ISBN: 978-84-233-6469-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta